

DON JUAN TENORIO.

Drama

RELIGIOSO-FANTÁSTICO

EN DOS PARTES.

Por Don José Zorrilla.

EN SEUVA AMIGO.

JOSÉ ZORRILLA.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Marzo de 1844.

DON JUAN TENORIO.

D. Lopez
Baque.

REINTEGRACION

EN DOS PARTES

Por Don Juan Tenorio.

AMBITO LEGAL

Madrid

En el
de
de



AMBITO LEGAL

MADRID

IMPRESA DE REPUBLICA

Madrid de 1811

AL SEÑOR

Don Francisco Luis de Vallejo

EN PRENDA DE BUENA MEMORIA,

SU MEJOR AMIGO

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid.--Marzo de 1844.

AL SEÑOR

Don Francisco Luis de Hallsjo

EN PRENSA DE BUENA MEMORIA.

SU MEJOR AMIGO

JOSÉ NORRILLA.

Madrid--Marzo de 1844.

DON JUAN TENORIO D. Carlos Latorre.
 DON LUIS MELIA.
 DON GONZALO DE ULLOA, Comendador de Calatrava.
 DON DIEGO TENORIO.
 DOÑA INÉS DE ULLOA.
 DOÑA ANA DE PANTOLA.
 CHRISTÓFANO BUTTARELLI.
 MARCOS CIUTTI.
 BRIGIDA.
 PASQUA.

PRIMERA PARTE.

LUCIA.
 LA ARABESA DE LAS CALATRAVAS DE SEVILLA.
 LA TORNERA DE IDEM.
 GASTON.
 MIGUEL.

UN ESCUADOR (personaje, locutor, corolario, caballero).

ALGUACILES 1.º y 2.º.
 UN PACE (que no habla).
 LA ESTATA DE DON GONZALO (el mismo).
 LA SOMBRA DE DOÑA INÉS (ella misma).

Caballeros sevillanos, escuderos, curiosos, espue-
 letos, estatuas, ángeles, sombras, justicia y pueblo.
 La acción en Sevilla por los años de 1545, últimos del
 emperador Carlos V. Los cuatro primeros actos pasan
 en una noche, los tres restantes, cinco años des-
 pués, y en otra noche.

PERSONAJES DE TODO EL DRAMA.

DON JUAN TENORIO. *D. Carlos Latorre.*
DON LUIS MEJÍA.
DON GONZALO DE ULLOA, *comendador de Calatrava.*
DON DIEGO TENORIO.
DOÑA INÉS DE ULLOA.
DOÑA ANA DE PANTOJA.
CHRISTÓFANO BUTTARELLI.
MARCOS CIUTTI.
BRÍGIDA.
PASCUAL.
EL CAPITÁN CENTELLAS.
DON RAFAEL DE AVELLANEDA.
LUCÍA.
LA ABADESA DE LAS CALATRAVAS DE SEVILLA.
LA TORNERA DE IDEM.
GASTON.
MIGUEL.
UN ESCULTOR.
ALGUACILES 1.º y 2.º
UN PAGE (*que no habla.*)
LA ESTÁTUA DE DON GONZALO (*él mismo.*)
LA SOMBRA DE DOÑA INÉS (*ella misma.*)

Caballeros sevillanos, encubiertos, curiosos, esqueletos, estatuas, ángeles, sombras, justicia y pueblo.

La acción en Sevilla por los años de 1545, últimos del emperador Carlos V. Los cuatro primeros actos pasan en una sola noche. Los tres restantes, cinco años después, y en otra noche.



Acto primero.



LIBERTINAGE Y ESCÁNDALO.

PERSONAS.

DON JUAN.
DON LUIS.
DON DIEGO.
DON GONZALO.
BUTTARELLI.

CIUTTI.
CENTELLAS.
AVELLANEDA.
GASTON.
MIGUEL.

Caballeros, curiosos, enmascarados, rondas.

Hostería de Christófano Butarelli. — Puerta en el fondo que da á la calle: mesas, jarros y demas utensilios propios de semejante lugar.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, *con antifaz, sentado á una mesa escribiendo.*
CIUTTI y BUTTARELLI, *á un lado esperando.* Al levantarse el telon se ven pasar por la puerta del fondo máscaras, estudiantes y pueblo con hachones, músicas, etc., etc.

D. Juan. ¡Cuál gritan esos malditos!
Pero ¡mal rayo me parta
si en concluyendo la carta
no pagan caros sus gritos!
(*Sigue escribiendo.*)

- Butt.* (A *Ciutti.*) Buen Carnaval.
- Ciutti.* (A *Buttarelli.*) Buen agosto
para rellenar la arquilla.
- Butt.* ¡Quiá! Corre ahora por Sevilla
poco gusto y mucho mosto.
Ni caen aquí buenos peces,
que son casas mal miradas
por gentes acomodadas
y atropelladas á veces.
- Ciutti.* Pero hoy...
- Butt.* Hoy no entra en la cuenta,
Ciutti: se ha hecho buen trabajo.
- Ciutti.* ¡Chist! habla un poco mas bajo,
que mi señor se impacienta pronto.
- Butt.* ¿A su servicio estás?
- Ciutti.* Ya ha un año.
- Butt.* ¿Y qué tal te sale?
- Ciutti.* No hay prior que se me iguale;
tengo cuanto quiero, y mas.
Tiempo libre, bolsa llena,
buenas mozas y buen vino.
- Butt.* ¡Cuerpo de tal, qué destino!
- Ciutti.* (Señalando á don Juan.)
Y todo ello á costa agena.
- Butt.* ¿Rico, eh?
- Ciutti.* Baréa la plata.
- Butt.* ¿Franco?
- Ciutti.* Como un estudiante.
- Butt.* ¿Y noble?
- Ciutti.* Como un infante.
- Butt.* ¿Y bravo?
- Ciutti.* Como un pirata.
- Butt.* ¿Español?
- Ciutti.* Creo que sí.
- Butt.* ¿Su nombre?
- Ciutti.* Lo ignoro en suma.
- Butt.* ¡Bribon! ¿y dónde va?
- Ciutti.* Aquí.
- Butt.* Largo pluméa.
- Ciutti.* Es gran pluma.
- Butt.* ¿Y á quién mil diablos escribe

Ciutti. tan cuidadoso y prolijo?
Butt. A su padre.

Ciutti. ¡ Vaya un hijo !
Para el tiempo en que se vive
es un hombre extraordinario.

Butt. Mas silencio.

D. Juan. (Cerrando la carta.) Firmo y plego :
¿ *Ciutti?*

Ciutti. Señor.

D. Juan. Este pliego
irá dentro del orario
en que reza doña Inés
à sus manos à parar.

Ciutti. ¿ Hay respuesta que aguardar ?

D. Juan. De el diablo con guardapiés
que la asiste , de su dueña
que mis intenciones sabe
recogerás una llave ,
una hora y una seña :
y mas ligero que el viento
aqui otra vez.

Ciutti. Bien está. (Vase.)

ESCENA II.

DON JUAN. BUTTARELLI.

D. Juan. Christófano , vieni quá.

Butt. ¡ Eccellenza !

D. Juan. Senti.

Butt. Sento.
Ma hó imparatto il Castigliano ,
se é piú fácele al signor
la sua lingua...

D. Juan. Si , es mejor :
lascia dunque il tuo toscano ,
y dime : ¿ don Luis Mejía
ha venido hoy ?

Butt. Escelencia ,
no está en Sevilla.

D. Juan. ¿ Su ausencia
dura en verdad todavía ?

Butt. Tal creo.

D. Juan.

¿Y noticia alguna
no tienes de él?

Butt.

¡Ah! una historia
me viene ahora a la memoria
que os podrá dar...

D. Juan.

¿Oportuna
luz sobre el caso?

Butt.

Tal vez.

D. Juan.

Habla pues.

Butt.

(Hablando consigo mismo.)

No, no me engaño:
esta noche cumple el año,
lo habia olvidado.

D. Juan.

¡Pardiez!
¿acabarás con tu cuento?

Butt.

Perdonad, señor, estaba
recordando el hecho.

D. Juan.

¡Acaba,
vive Dios! que me impaciento.

Butt.

Pues es el caso, señor,
que el caballero Mejía
por quien preguntais, dió un dia
en la ocurrencia peor
que ocurrirsele podia.

D. Juan.

Suprime lo al hecho estraño;
que apostaron me es notorio
á quien haria en un año
con mas fortuna mas daño
Luis Mejía y Juan Tenorio.

Butt.

¿La historia sabeis?

D. Juan.

Entera;
por eso te he preguntado
por Mejía.

Butt.

¡Oh! me pluguiera
que la apuesta se cumpliera,
que pagan bien y al contado.

D. Juan.

¿Y no tienes confianza
en que don Luis á esta cita
acuda?

Butt.

¡Quiá! ni esperanza:
el fin del plazo se avanza,
y estoy cierto que maldita

la memoria que ninguno
guarda de ello.

D. Juan.

Basta ya.

Toma.

Butt.

Escelencia, ¿y de alguno
de ellos sabeis vos?

D. Juan.

Quizá.

Butt.

¿Vendrán pues?

D. Juan.

Al menos uno;

mas por si acaso los dos
dirigen aqui sus huellas
el uno del otro en pós,
tus dos mejores botellas
prevénles.

Butt.

Mas...

D. Juan.

¡Chito...! A Dios.

ESCENA III.

BUTTARELLI.

¡Santa Madona! de vuelta

Mejía y Tenorio estan

sin duda... y recogerán

los dos la palabra suelta.

¡Oh! si, ese hombre tiene traza

de saberlo á fondo. (*Ruido dentro.*) ¡Pero

qué es esto? (*Se asoma á la puerta.*)

¡Anda! ¡el forastero

está riñendo en la plaza!

¡Válgame Dios! ¡qué bullicio!

Cómo se le arremolina

chusma... y cómo la acoquina

él solo... ¡puf! ¡qué estropicio!

¡cuál corren delante de él!

No hay duda, estan en Castilla

los dos, y anda ya Sevilla

toda revuelta. ¡Miguel!

ESCENA IV.

BUTTARELLI. MIGUEL.

Miguel. ¿Che comanda?

Butt. Presto, qui
servi una tabola, amico :
é del Lacryma piú antico
porta due buttiglie.

Miguel. Si,
signor padron.

Butt. ¡Micheletto,
apparechia in carità
lo piú ricco que si fá,
afrettati!

Miguel. Gia mi afretto,
signor padrone. (*Vase.*)

ESCENA V.

BUTTARELLI. DON GONZALO.

D. Gonz. Aquí es.

Butt. ¿Patron?
¿Qué se ofrece?

D. Gonz. Quiero
hablar con el hostelero.

Butt. Con él habláis; decid pues.

D. Gonz. ¿Sois vos?

Butt. Si, mas despachad,
que estoy de priesa.

D. Gonz. En tal caso
ved si es cabal y de paso
esa dobla y contestad.

Butt. ¡Oh escelencia!

D. Gonz. ¿Conoceis
á don Juan Tenorio?

Butt. Sí.

D. Gonz. ¿Y es cierto que tiene aqui
hoy una cita?

Butt. ¡Oh! ¿sereis
vos el otro?

- D. Gonz.** ¿Quién?
- Butt.** Don Luis.
- D. Gonz.** No; pero estar me interesa en su entrevista.
- Butt.** Esta mesa les preparo; si os servís en esotra colocarós podreis presenciar la cena que les daré... ¡Oh! será escena que espero que ha de admiraros.
- D. Gonz.** Lo creo.
- Butt.** Son sin disputa los dos mozos mas gentiles de España.
- D. Gonz.** Sí, y los mas viles tambien.
- Butt.** ¡Bah! se les imputa cuanto malo se hace hoy dia; mas la malicia lo inventa, pues nadie paga su cuenta como Tenorio y Mejía.
- D. Gonz.** ¡Ya!
- Butt.** Es afan de murmurar, porque conmigo, señor, ninguno lo hace mejor, y bien lo puedo jurar.
- D. Gonz.** No es necesario: mas...
- Butt.** ¿Qué?
- D. Gonz.** Quisiera yo ocultamente verlos, y sin que la gente me reconociera.
- Butt.** A fé que eso es muy facil, señor. Las fiestas de Carnaval permiten sin deshonor de su linage servirse de un antifaz, y bajo él, ¿quién sabe hasta descubrirse de qué carne es el pastel?
- D. Gonz.** Mejor fuera en aposento contigoo...

Butt.

Ninguno cae

aqui.

D. Gonz.

Pues entonces trae
el antifaz.

Butt.

Al momento.

ESCENA VI.

DON GONZALO.

No cabe en mi corazon
que tal hombre pueda haber,
y no quiero cometer
con él una sinrazon.

Yo mismo indagar prefiero
la verdad... mas á ser cierta
la apuesta, primero muerta
que esposa suya la quiero.

No hay en la tierra interes
que si la daña me cuadre;
primero seré buen padre,
buen caballero despues.

Enlace es de gran ventaja,
mas no quiero que Tenorio
del velo del desposorio
la recorte una mortaja.

ESCENA VII.

DON GONZALO. BUTTARELLI, *que trae un antifaz.*

Butt.

Ya está aqui.

D. Gonz.

Gracias, patron:
¿tardarán mucho en llegar?

Butt.

Si vienen no han de tardar:
cerca de las ocho son.

D. Gonz.

¿Esa es hora señalada?

Butt.

Cierra el plazo, y es asunto
de perder quien no esté á punto
de la primer campanada.

D. Gonz.

Quiera Dios que sea una chanza,
y no lo que se murmura.

- Butt.* No tengo aun por muy segura de que cumplan la esperanza ; pero si tanto os importa lo que ello sea saber , pues la hora está al caer la dilacion es ya corta.
- D. Gonz.* Cúbrome pues y me siento.
(*Se sienta en una mesa á la derecha y se pone el antifaz.*)
- Butt.* (Curioso el viejo me tiene del misterio con que viene... y no me quedo contento hasta saber quién es él.)
(*Limpia y tragina , mirándole de reojo.*)
- D. Gonz.* (¡Que un hombre como yo tenga que esperar aqui y se avenga con semejante papel ! En fin , me importa el sosiego de mi casa y la ventura de una hija sencilla y pura , y no es para echarlo á juego.)

ESCENA VIII.

DON GONZALO. BUTTARELLI. DON DIEGO, á la puerta del fondo.

- D. Diego.* La seña está terminante , aqui es : bien me han informado : llego pues.
- Butt.* ¿ Otro embozado ?
- D. Diego.* ¿ Há de esta casa ?
- Butt.* Adelante.
- D. Diego.* ¿ La hostería del Laurel ?
- Butt.* En ella estais , caballero.
- D. Diego.* ¿ Está en casa el hostelero ?
- Butt.* Estais hablando con él.
- D. Diego.* ¿ Sois vos Buttarelli ?
- Butt.* Yo.
- D. Diego.* ¿ Es verdad que hoy tiene aqui Tenorio una cita ?
- Butt.* Sí.
- D. Diego.* ¿ Y ha acudido á ella ?

- Butt. No.
- D. Diego. ¿Pero acudirá?
- Butt. No sé.
- D. Diego. ¿Le esperais vos?
- Butt. Por si acaso
venir le place.
- D. Diego. En tal caso
yo tambien le esperaré.
- (*Se sienta en el lado opuesto á don Gonzalo.*)
- Butt. ¿Qué os sirva vianda alguna
quereis mientras?
- D. Diego. No: tomad.
- Butt. ¡Escelencia!
- D. Diego. Y escusad
conversacion importuna.
- Butt. Perdonad.
- D. Diego. Vais perdonado:
dejadme pues.
- Butt. (*Aparte.*) ¡Jesucristo!
En toda mi vida he visto
hombre mas mal humorado.
- D. Diego. (*Aparte.*) ¡Que un hombre de mi linage
desienda á tan ruin mansion!
Pero no hay humillacion
á que un padre no se baje
por un hijo. Quiero ver
por mis ojos la verdad
y el monstruo de liviandad
á quien pude dar el ser.

(*Buttarelli, que anda arreglando sus trastos, contempla desde el fondo á don Gonzalo y á don Diego, que permanecerán embozados y en silencio.*)

- Butt. ¡Vaya un par de hombres de piedra!
para estos sobra mi abasto:
¡mas pardiez! pagan el gasto
que no hacen, y asi se medra.

ESCENA IX.

DON GONZALO. DON DIEGO. BUTTARELLI. EL CAPITAN CENTEL-
LLAS. AVELLANEDA. DOS CABALLEROS.

- Avell. Vinieron, y os aseguro

que se efectuará la apuesta.
Centellas. Entremos pues, Buttarelli.
Butt. Señor capitan Centellas,
 ¿vos por aqui?

Centellas. Si, Christófano.
 ¿Cuándo aqui sin mi presencia
 tuvieron lugar las órgias
 que han hecho raya en la época?
Butt. Como ha tanto tiempo ya
 que no os he visto.

Centellas. Las guerras
 del emperador, á Tunez
 me llevaron; mas mi hacienda
 me vuelve á traer á Sevilla;
 y segun lo que me cuentan
 llego lo mas á propósito
 para renovar añejas
 amistades. Con que apróntanos
 luego unas cuantas botellas,
 y en tanto que humedecemos
 la garganta, verdadera
 relacion haznos de un lance
 sobre el cual hay controversia.

Butt. Todo se andará, mas antes
 dejadme ir á la bodega.

Varios. Sí, sí.

ESCENA X.

DICHOS, *menos* BUTTARELLI.

Avell. Sentarse, señores,
 y que siga Avellaneda
 con la historia de don Luis.

Centellas. No hay ya mas que decir de ella
 sino que creo imposible
 que la de Tenorio sea
 mas endiablada, y que apuesto
 por don Luis.

Centellas. Acaso pierdas.
 Don Juan Tenorio se sabe
 que es la mas mala cabeza
 del orbe, y no hubo hombre alguno

- que aventajarle pudiera
con solo su inclinacion ;
¿ con que qué hará si se empeña ?
- Avell.* Pues yo sé bien que Mejía
las ha hecho tales , que á ciegas
se puede apostar por él.
- Centellas.* Pues el capitán Centellas
pone por don Juan Tenorio
cuanto tiene.
- Avell.* Pues se acepta
por don Luis , que es muy mi amigo.
- Centellas.* Pues todo en contra se arriesga ;
porque no hay como Tenorio
otro hombre sobre la tierra ,
y es proverbial su fortuna
y estremadas sus empresas.

ESCENA XI.

DICHOS. BUTTARELLI, con botellas.

- Butt.* Aquí hay Falerno , Borgoña ,
Sorrento.
- Centellas.* De lo que quieras
sirve , Christófano , y dinos :
¿ qué hay de cierto en una apuesta
por don Juan Tenorio há un año
y don Luis Mejía hecha ?
- Butt.* Señor capitán , no sé
tan á fondo la materia
que os pueda sacar de dudas ,
pero diré lo que sepa.
- Varios.* Habla , habla.
- Butt.* Yo , la verdad ,
aunque fue en mi casa mesma
la cuestion entre ambos , como
pusieron tan larga fecha
á su plazo , creí siempre
que nunca á efecto viniera ;
Así es , que ni aun me acordaba
de tal cosa á la hora de esta.
Mas esta tarde , sería

el anochecer apenas,
 entróse aquí un caballero
 pidiéndome que le diera
 recado con que escribir
 una carta: y á sus letras
 atento no mas, me dió
 tiempo á que charla metiera
 con un page que traía
 paisano mio, de Génova.

No saqué nada del page,
 que es por Dios muy brava pesca,
 mas cuando su amo acababa
 su carta, le envió con ella
 á quien iba dirigida:

el caballero en mi lengua
 me habló y me pidió noticias
 de don Luis. Dijo, que entera
 sabia de ambos la historia,
 y que tenia certeza
 de que al menos uno de ellos
 acudiria á la apuesta.

Yo quise saber mas de él,
 mas púsome dos monedas
 de oro en la mano diciéndome:

y por si acaso los dos
 al tiempo aplazado llegan,
 ten prevenidas para ambos
 tus dos mejores botellas.

Largóse sin decir mas,
 y yo atento á sus monedas,
 les puse en el mismo sitio
 donde apostaron, la mesa.

Y vedla alli con dos sillas,
 dos copas y dos botellas.

Pues señor, no hay que dudar;
 era don Luis.

Avell.

Centellas.

Don Juan era.

Avell.

¿Tú no le viste la cara?

Butt.

Si la traía cubierta
 con un antifaz.

Centellas.

Pero hombre,

¿tú á los dos no les recuerdas?

¿ó no sabes distinguir
á las gentes por sus señas
lo mismo que por sus caras?
Butt. Pues confieso mi torpeza;
no le supe conocer,
y lo procuré de veras.
Pero silencio.

Avell. ¿Qué pasa?

Butt. A dar el reló comienza
los cuartos para las ocho. (*Dan.*)

Centellas. Ved, ved la gente que se entra.

Avell. Como que está de este lance
curiosa Sevilla entera.

(*Se oyen dar las ocho; varias personas entran y se reparten en silencio por la escena; al dar la última campanada, don Juan con antifaz se llega á la mesa que ha preparado Buttarelli en el centro del escenario, y se dispone á ocupar una de las dos sillas que estan delante de ella. Inmediatamente despues de él, entrá don Luis tambien con antifaz y se dirige á la otra. Todos los miran.*)

ESCENA XII.

DON DIEGO. DON GONZALO. DON JUAN. DON LUIS. BUTTARELLI.
CENTELLAS. AVELLANEDA. CABALLEROS CURIOSOS. ENMASCARADOS.

Avell. (*A Centellas por don Juan.*)
Verás aquel, si ellos vienen,
qué buen chasco que se lleva.

Centellas. (*A Avellaneda por don Luis.*)
Pues alli va otro á ocupar
la otra silla: ¡uf! aqui es ella.

D. Juan. (*A don Luis.*)
Esa silla esta comprada,
hidalgo.

D. Luis. (*A don Juan.*)
Lo mismo digo,
hidalgo; para un amigo
tengo yo esotra pagada.

D. Juan. Que esta es mia haré notorio.

D. Luis. Y yo tambien que esta es mia.

- D. Juan. Luego sois don Luis Mejia.
- D. Luis. Sereis pues don Juan Tenorio.
- D. Juan. Puede ser.
- D. Luis. Vos lo decis.
- D. Juan. ¿No os fiais?
- D. Luis. No.
- D. Juan. Yo tampoco.
- D. Luis. Pues no hagamos mas el coco.
- D. Juan. Yo soy don Juan. *(Quitándose la máscara.)*
- D. Luis. *(Id.)* Yo don Luis.
(Se descubren y se sientan.)
- (El capitán Centellas, Avellaneda, Buttarelli y algunos otros se van á ellos y les saludan, abrazan y dan la mano, y hacen otras semejantes muestras de cariño y amistad. Don Juan y don Luis las aceptan cortesmente.)*
- Centellas. ¡Don Juan!
- Avell. ¡Don Luis!
- D. Juan. ¡Caballeros!
- D. Luis. ¡Oh amigos! ¿qué dicha es esta?
- Avell. Sabiamos vuestra apuesta, y hemos acudido á veros.
- D. Luis. Don Juan y yo tal bondad en mucho os agradecemos.
- D. Juan. El tiempo no malgastemos, don Luis. *(A los otros.)* Sillas arrimad.
(A los que estan lejos.)
- Caballeros, yo supongo que á ucedes tambien aqui les trae la apuesta, y por mí á antojo tal no me opongo,
- D. Luis. Ni yo; que aunque nada mas fue el empeño entre los dos, no ha de decirse por Dios que me ávergonzó jamas.
- D. Juan. Ni á mi, que el orbe es testigo de que hipócrita no soy, pues por do quiera que voy va el escándalo conmigo.
- D. Luis. ¡Eh! ¿y esos dos no se llegan á escuchar? Vos. *(Por D. Diego y D. Gonz.)*
- D. Diego. Yo estoy bien.

- D. Luis. ¿Y vos?
- D. Gonz. De aqui oigo tambien.
- D. Luis. Razon tendrán si se niegan.
(Se sientan todos al rededor de la mesa en que estan
don Luis Mejía y don Juan Tenorio.)
- D. Juan. ¿Estamos listos?
- D. Luis. Estamos.
- D. Juan. Como quien somos cumplimos.
- D. Luis. Veamos pues lo que hicimos.
- D. Juan. Bebamos antes.
- D. Luis. Bebamos. (Lo hacen.)
- D. Juan. La apuesta fue...
- D. Luis. Porque un dia
dije que en España entera
no habria nadie que hiciera
lo que hiciera Luis Mejía.
- D. Juan. Y siendo contradictorio
al vuestro mi parecer,
yo os dije: nadie ha de hacer
lo que hará don Juan Tenorio.
¿No es asi?
- D. Luis. Sin duda alguna:
y vinimos á apostar
quién de ambos sabria obrar
peor, con mejor fortuna,
en el término de un año;
juntándonos aqui hoy
á probarlo.
- D. Juan. Y aqui estoy.
- D. Luis. Y yo.
- Centellas. ¡Empeño bien estraño
por vida mia!
- D. Juan. Hablad pues.
- D. Luis. No, vos debeis empezar.
- D. Juan. Como gustéis, igual es,
que nunca me hago esperar.
Pues señor, yo desde aqui
buscando mayor espacio
para mis hazañas, di
sobre Italia, porque alli
tiene el placer un palacio.
De la guerra y del amor

antigua y clásica tierra,
y en ella el emperador,
con ella y con Francia en guerra,
dijeme: «¿dónde mejor?

Donde hay soldados hay juego,
hay pependencias y amorios.»

Di pues sobre Italia luego
buscando á sangre y á fuego
amores y desafíos.

En Roma, á mi apuesta fiel,
fijé entre hostil y amatorio
en mi puerta este cartel:

«Aquí está don Juan Tenorio
para quien quiera algo de él.»

De aquellos días la historia
á relataros renuncio:

remitome á la memoria
que dejé allí, y de mi gloria
podeis juzgar por mi anuncio.

Las Romanas caprichosas,
las costumbres licenciosas,

yo gallardo y calavera,

¿quién á cuento redujera
mis empresas amorosas?

Sali de Roma por fin
como os podeis figurar,

con un disfraz harto ruin,

y á lomos de un mal rocin,

pues me querian ahorcar.

Fui al ejército de España,

mas todos paisanos míos,

soldados y en tierra estraña,

dejé pronto su compañía

tras cinco ú seis desafíos.

Nápoles, rico vergel

de amor, del placer emporio,

vió en mi segundo cartel:

«Aquí está don Juan Tenorio,

y no hay hombre para él.

Desde la princesa altiva

á la que pesca en ruin barca,

no hay hembra á quien no suscriba;

*y á cualquier empresa abarca
si en oro ó valor estriba.*

*Búsquente los reñidores ;
cérquente los jugadores ;
quien se precie que le ataje ;
y á ver si hay quien le aventaje
en juego , en lid ó en amores .»*

Esto escribí ; y en medio año
que mi presencia gozó

Nápoles , no hay lance extraño ,
no hay escándalo ni engaño
en que no me hallara yo .

Por donde quiera que fui
la razon atropellé ,

la virtud escárneci ,
á la justicia burlé ,

y á las mugeres vendí .

Yo á las cabañas bajé ,

yo á los palacios subí ,

yo los claustros escalé ,

y en todas partes dejé

memoria amarga de mi .

Ni reconocí sagrado ,

ni hubo ocasion ni lugar

por mi audacia respetado ;

ni en distinguir me he parado

al clérigo del seglar .

A quien quise provoqué ,

con quien quiso me batí ,

y nunca consideré

que pudo matarme á mi

aquel á quien yo maté .

A esto don Juan se arrojó ,

y escrito en este papel

está cuanto consiguió :

y lo que él aqui escribió

mantenido está por él .

Leed pues .

D. Luis .

D. Juan .

No , oigamos antes

vuestros bizarros extremos ,

y si traeis terminantes

vuestras notas comprobantes ,

lo escrito cotejaremos.
 D. Luis. Decís bien; cosa es que está,
 don Juan, muy puesta en razon;
 aunque á mi ver poco irá
 de una á otra relacion.

D. Juan. Empezad pues.

D. Luis. Allá va.

Buscando yo como vos
 á mi aliento empresas grandes
 dije: «¿dó iré ¡vive Dios!
 de amor y lides en pós,
 que vaya mejor que á Flandes?
 Allí, puesto que empeñadas
 guerras hay, á mis deseos
 habrá al par centuplicadas
 ocasiones estremadas
 de riñas y galanteos.»
 Y en Flandes conmigo dí,
 mas con tan negra fortuna,
 que al mes de encontrarme allí
 todo mi caudal perdí,
 dobla á dobla, una por una.
 En tan total carestía
 mirándome de dineros
 de mi todo el mundo huía;
 mas yo busqué compañía
 y me uní á unos bandoleros.
 Lo hicimos bien, ¡voto á tal!
 y fuimos tan adelante
 con suerte tan colosal
 que entramos á saco en Gante
 el palacio episcopal.
 ¡Qué noche! Por el decoro
 de la Pascua el buen obispo
 bajó á presidir el coro,
 y aun de alegría me crispo
 al recordar su tesoro.
 Todo cayó en poder nuestro:
 mas mi capitan avaro
 puso mi parte en secuestro:
 reñimos, fui yo mas diestro
 y le crucé sin reparo.

Juróme al punto la gente
 capitan, por mas valiente:
 juréles yo amistad franca:
 pero á la noche siguiente
 hui, y les dejé sin blanca.
 Yo me acordé del refran
 de que quien roba al ladron
 há cien años de perdon,
 y me arrojé á tal desman
 mirando á mi salvacion.
 Pasé á Alemania opulento,
 mas un provincial Gerónimo,
 hombre de mucho talento,
 me conoció, y al momento
 me delató en un anónimo.
 Compré á fuerza de dinero
 la libertad y el papel;
 y topando en un sendero
 al fraile, le envié certero
 una bala envuelta en él.
 Salté á Francia. ¡Buen pais!
 y como en Nápoles vos
 puse un cartel en Paris
 diciendo: «*Aqui hay un don Luis
 que vale lo menos dos.*»
*Parará aqui algunos meses,
 y no trae mas intereses
 ni se aviene á mas empresas
 que á adorar á las francesas
 y á reñir con los franceses.*»
 Esto escribi; y en medio año
 que mi preséncia gozó
 Paris, no hubo lance estraño
 ni hubo escándalo ni daño
 donde no me hallara yo.
 Mas como don Juan, mi historia
 tambien á alargar renuncio;
 que basta para mi gloria
 la magnífica memoria
 que alli dejé con mi anuncio.
 Y cual vos, por donde fui
 la razon atropellé,

la virtud escarneí,
 á la justicia burlé,
 y á las mugeres vendí.
 Mi hacienda llevo perdida
 tres veces, mas se me antoja
 reponerla, y me convida
 mi boda comprometida
 con doña Ana de Pantoja.
 Muger muy rica me dan,
 y mañana hay que cumplir
 los tratos que hechos estan ;
 lo que os advierto, don Juan,
 por si quereis asistir.

A esto don Luis se arrojó,
 y escrito en este papel
 está lo que consiguió :
 y lo que él aqui escribió
 mantenido está por él.

D. Juan. La historia es tan semejante
 que está en el fiel la balanza ;
 mas vamos á lo importante
 que es el guarismo á que alcanza
 el papel: con que adelante.

D. Luis. Razon teneis en verdad.
 Aqui está el mio: mirad,
 por una linea apartados
 traigo los nombres sentados
 para mayor claridad.

D. Juan. Del mismo modo arregladas
 mis cuentas traigo en el mio:
 en dos lineas separadas
 los muertos en desafio,
 y las mugeres burladas.
 Contad.

D. Luis. Contad.

D. Juan. Veinte y tres.

D. Luis. Son los muertos. -- A ver vos.
 ¡Por la cruz de San Andrés!
 Aqui sumo treinta y dos.

D. Juan. Son los muertos.

D. Luis. Matar es.

D. Juan. Nueve os llevo.

D. Luis.

Me venceis.

Pasemos á las conquistas.

D. Juan.

Sumo aquí cincuenta y seis.

D. Luis.

Y yo sumo en vuestras listas
setenta y dos.

D. Juan.

Pues perdeis.

D. Luis.

¡Es increíble, don Juan!

D. Juan.

Si lo dudais, apuntados

los testigos ahí estan,

que si fueren preguntados

os lo testificarán.

D. Luis.

¡Oh! y vuestra lista es cabal.

D. Juan.

Desde una princesa real

á la hija de un pescador:

¡oh! ha recorrido mi amor

toda la escala social.

¿Teneis algo que tachar?

D. Luis.

Solo una os falta en justicia.

D. Juan.

¿Me la podeis señalar?

D. Luis.

Si por cierto; una novicia

que esté para profesar.

D. Juan.

¡Bah! pues yo os complaceré

doblemente, porque os digo

que á la novicia uniré

la dama de algun amigo

que para casarse esté.

D. Luis.

¡Pardiez que sois atrevido!

D. Juan.

Yo os lo apuesto si quereis.

D. Luis.

Digo que acepto el partido.

¿Para darlo por perdido

quereis veinte dias?

D. Juan.

Seis.

D. Luis.

¡Por Dios que sois hombre extraño!

¿Cuántos dias empleais

en cada muger que amais?

D. Juan.

Partid los dias del año

entre las que ahí encontrais.

Uno para enamorarlas,

otro para conseguir las,

otro para abandonar las,

dos para sustituirlas,

y un hora para olvidar las.

Pero la verdad á hablaros
 pedir mas no se me antoja,
 porque pues vais á casaros
 mañana pienso quitaros
 á doña Ana de Pantoja.

- D. Luis. ¿Don Juan, qué es lo que decís?
 D. Juan. Don Luis, lo que oído habeis.
 D. Luis. Ved, don Juan, lo que emprendeis.
 D. Juan. Lo que he de lograr, don Luis.
 D. Luis. Gaston.

Gaston. Señor.

D. Luis. Ven acá.

(Habla don Luis en secreto con Gaston, y este se va precipitadamente.)

D. Juan. Ciutti.

Ciutti. Señor.

D. Juan. Ven aqui.

(Don Juan idem con Ciutti, que hace lo mismo.)

D. Luis. ¿Estais en lo dicho?

D. Juan. Si.

D. Luis. Pues va la vida.

D. Juan. Pues va.

(Don Gonzalo, levantándose de la mesa en que ha permanecido inmóvil durante la escena anterior, se afronta con don Juan y don Luis.)

D. Gonz. ¡Insensatos! vive Dios
 que á no temblarme las manos
 á palos como á villanos
 os diera muerte á los dos.

D. Juan. }
 D. Luis. } Veamos.

D. Gonz. Escusado es,
 que he vivido lo bastante
 para no estar arrogante
 donde no puedo.

D. Juan. Idos pues.

D. Gonz. Antes, don Juan, de salir
 de donde oirme podais,
 es necesario que oigais
 lo que os tengo que decir.
 Vuestro buen padre don Diego
 porque pleitos acomoda

- os apalabró una boda
que iba á celebrarse luego ;
pero por mí mismo yo
lo que érais queriendo ver ,
vine aqui al anochecer ,
y el veros me avergonzó.
- D. Juan. ¡ Por Satanás , viejo insano ,
que no sé cómo he tenido
calma para haberte oido
sin asentarte la mano !
Pero di pronto quién eres ,
porque me siento capaz
de arrancarte el antifaz
con el alma que tuvieres .
- D. Gonz. ¡ Don Juan !
- D. Juan. ¡ Pronto !
- D. Gonz. Mira pues .
- D. Juan. ¡ Don Gonzalo !
- D. Gonz. El mismo soy .
- Y á Dios, don Juan: mas desde hoy
no penseis en doña Inés.
Porque antes que consentir
en que se case con vos,
el sepulcro ¡ juro á Dios!
por mi mano la he de abrir.
- D. Juan. Me haceis reir , don Gonzalo ;
pues venirme á provocar
es como ir á amenazar
á un leon con un mal palo.
Y pues hay tiempo , advertir
os quiero á mi vez á vos
que ó me la dais , ó por Dios
que á quitáros la he de ir .
- D. Gonz. ¡ Miserable !
- D. Juan. Dicho está :
solo una muger como esta
me falta para mi apuesta ;
ved pues que apostada va .
- (Don Diego, levantándose de la mesa en que ha permanecido encubierto mientras la escena anterior, baja al centro de la escena, encarándose con don Juan.)
- D. Diego. No puedo mas escucharte ,

vil don Juan, porque recelo
que hay algun rayo en el cielo
preparado á aniquilarte.

¡Ah...! no pudiendo creer
lo que de tí me decian,
confiando en que mentian
te vine esta noche á ver.

Pero te juro, malvado,
que me pesa haber venido
para salir convencido
de lo que es para ignorado.

Sigue pues con ciego afan
en tu torpe frenesi,
mas nunca vuelvas á mí;
no te conozco, don Juan.

D. Juan. ¿Quién nunca á tí se volvió?
¿ni quién osa hablarme así,
ni qué se me importa á mí
que me conozcas ó no?

D. Diego. Á Dios pues, mas no te olvides
de que hay un Dios justiciero.

D. Juan. Ten. (*Deteniéndole.*)

D. Diego. ¿Qué quereis?

D. Juan. Verte quiero.

D. Diego. Nunca, en vano me lo pides.

D. Juan. ¿Nunca?

D. Diego. No.

D. Juan. Cuando me cuadre.

D. Diego. ¿Cómo?

D. Juan. Así. (*Le arranca el antifaz.*)

Todos. ¡Don Juan!

D. Diego. ¡Villano!

¡Me has puesto en la faz la mano!

D. Juan. ¡Válgame Cristo, mi padre!

D. Diego. Mientes, no lo fui jamas.

D. Juan. ¡Reportaos, con Belcebú!

D. Diego. No, los hijos como tú

son hijos de Satanás.

Comendador, nulo sea

lo hablado.

D. Gonz. Ya lo es por mí;

vamos.

D. *Diego*.

Si, vamos de aqui
 donde tal monstruo no vea.
 Don Juan, en brazos del vicio
 desolado te abandono :
 me matas... mas te perdono
 de Dios en el santo juicio.

(Vanse poco á poco don Diego y don Gonzalo.)

D. *Juan*.

Largo el plazo me poneis,
 mas ved que os quiero advertir
 que no os he ido á pedir
 jamas que me perdoneis.
 Con que no paseis afan
 de aqui adelante por mí,
 que como vivió hasta aqui,
 vivirá siempre don Juan.

ESCENA XIII.

DON JUAN. DON LUIS. CENTELLAS. AVELLANEDA. BUTTARELLI.
 CURIOSOS. MÁSCARAS.

D. *Juan*

¡Eh! ya salimos del paso :
 y no hay que estrañar la Homilia ;
 son pláticas de familia ,
 de las que nunca hice caso.
 Con que lo dicho, don Luis,
 van doña Ana y doña Inés
 en puesta.

D. *Luis*.

Y el precio es
 la vida.

D. *Juan*.

Vos lo decis :
 vamos.

D. *Luis*.

Vamos.

(Al salir se presenta una ronda, que les detiene.)

ESCENA XIV.

DICHOS. *Una ronda de ALGUACILES.*

Alguacil.

Alto allá.

¿Don Juan Tenorio?

D. *Juan*.

Yo soy.

Alguacil.

Sed preso.

- D. Juan. ¿Soñando estoy?
 ¿por qué?
 Alguacil. Despues lo verá.
 D. Luis. *(Acercándose á don Juan y riéndose.)*
 Tenorio, no lo estrañeis,
 pues mirando á lo apostado
 mi page os ha delatado,
 para que vos no ganeis.
 D. Juan. ¡Hola! ¡pues no os suponía
 con tal despejo, pardiez!
 D. Luis. Id pues, que por esta vez,
 don Juan, la partida es mia.
 D. Juan. Vamos pues.
(Al salir, les detiene otra ronda que entra en la escena.)

 ESCENA XV.

DICHOS. UNA RONDA.

- Alguacil. *(Que entra.)* Ténganse allá.
 ¿Don Luis Mejia?
 D. Luis. Yo soy.
 Alguacil. Sed preso.
 D. Luis. ¿Soñando estoy?
 ¡Yo preso!
 D. Juan. *(Soltando la carcajada.)*
 ¡Já, já, já, já!
 Mejia, no lo estrañeis,
 pues mirando á lo apostado
 mi page os ha delatado
 para que no me estorbeis.
 D. Luis. Satisfecho quedaré
 aun que ambos muramos.
 D. Juan. Vamos:
 con que señores, quedamos
 en que la apuesta está en pie.
*(Las rondas se llevan á don Juan y á don Luis; muchos
 los siguen. El capitan Centellas, Avellaneda y sus
 amigos, quedan en la escena mirándose unos á otros.)*

ESCENA XVI.

EL CAPITAN CENTELLAS. AVELLANEDA. CURIOSOS.

Avell. ¡Parece un juego ilusorio!
Centellas. ¡Sin verlo no lo creería!
Avell. Pues yo apuesto por Mejía.
Centellas. Y yo pongo por Tenorio.





Acto segundo.



DESTREZA.

PERSONAS.

DON JUAN TENORIO.

DON LUIS MEJÍA.

DOÑA ANA DE PANTOJA.

CIUTTI.

PASCUAL.

LUCÍA.

BRÍGIDA.

Tres embozados del servicio de don Juan.

Esterior de la casa de doña Ana vista por una esquina. Las dos paredes que forman el ángulo se prolongan igualmente por ambos lados, dejando ver en la de la derecha una reja, y en la izquierda una reja y una puerta.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS MEJÍA, *embozado.*

Ya estoy frente de la casa de doña Ana, y es preciso que esta noche tenga aviso de lo que en Sevilla pasa. No di con persona alguna por dicha mía... ¡Oh qué afán! pero ahora, señor don Juan,

cada cual con su fortuna.
Si honor y vida se juega,
mi destreza y mi valor
por mi vida y por mi honor
jugarán... mas alguien llega.

ESCENA II.

DON LUIS. PASCUAL.

- Pascual.* ¡Quién creyera lance tal!
¡Jesus qué escándalo! ¡presos!
- D. Luis.* ¡Qué veo! ¿es Pascual?
- Pascual.* Los sesos
me estrellaria.
- D. Luis.* ¿Pascual?
- Pascual.* ¿Quién me llama tan apriesa?
- D. Luis.* Yo. -- Don Luis.
- Pascual.* ¡Válame Dios!
- D. Luis.* ¿Qué te asombra?
- Pascual.* Que seáis vos.
- D. Luis.* Mi suerte, Pascual, es esa.
Que á no ser yo quien me soy
y á no dar contigo ahora
el honor de mi señora
doña Ana moria hoy.
- Pascual.* ¿Qué es lo que decis?
- D. Luis.* ¿Conoces
á don Juan Tenorio?
- Pascual.* Sí.
¿Quién no le conoce aqui?
Mas segun públicas voces
estabais presos los dos.
Vamos, ¡lo que el vulgo miente!
- D. Luis.* Ahora acertadamente
habló el vulgo: y juro á Dios
que á no ser porque mi primo
el tesorero real
quiso fiarme, Pascual,
pierdo cuanto mas estimo.
- Pascual.* ¿Pues cómo?
- D. Luis.* ¿En servirme estás?

- Pascual.* Hasta morir.
- D. Luis.* Pues escucha.
Don Juan y yo en una lucha
arriesgada por demas
empeñados nos hallamos ;
pero á querer tú ayudarme
mas que la vida salvarme
puedes.
- Pascual.* ¿Qué hay que hacer? Sepamos.
- D. Luis.* En una insigne locura
dimos tiempo há: en apostar
cuál de ambos sabria obrar
peor, con mejor ventura.
Ambos nos hemos portado
bizarramente á cual mas ;
pero él es un Satanás,
y por fin me ha aventajado.
Púsele no sé qué pero,
dijimoños no sé qué
sobre ello, y el hecho fue
que él mofándose altanero
me dijo: «y si esto no os llena,
pues que os casais con doña Ana,
os apuesto á que mañana
os la quito yo.»
- Pascual.* ¿Esa es buena!
- D. Luis.* ¿Tal se ha atrevido á decir?
No es lo malo que lo diga,
Pascual, sino que consiga
lo que intenta.
- Pascual.* ¿Conseguir?
En tanto que yo esté aquí
descuidad, don Luis.
- D. Luis.* Te juro
que si el lance no aseguro
no sé qué va á ser de mi.
- Pascual.* Por la Virgen del Pilar,
¿le temeis?
- D. Luis.* No, ¡Dios testigo!
Mas lleva ese hombre consigo
algun diablo familiar.
- Pascual.* Dadlo por asegurado,

D. Luis.

¡Oh! tal es el afán mio
que ni en mi propio me fio
con un hombre tan osado.

Pascual.

Yo os juro por San Ginés
que con toda su osadía
le ha de hacer por vida mia
mal terció un Aragonés:
nos veremos.

D. Luis.

¡Ay, Pascual,
que en qué te metes no sabes!

Pascual.

En apreturas mas graves
me he visto y no salí mal.

D. Luis.

Estriba en lo perentorio
del plazo, y en ser quien es.

Pascual.

Mas que un buen Aragonés
no ha de valer un Tenorio.

Todos esos lenguaraces
espadachines de oficio

no son mas que frontispicio
y de poca alma capaces.

Para infamar á mugeres
tienen lengua, y tienen manos

para osar á los ancianos
ó apalear á mercaderes.

Mas cuando una buena espada
por un buen brazo esgrimida

con la muerte les convida,
todo su valor es nada.

Y sus empresas y bullas
se reducen todas ellas

á hablar mal de las doncellas
y á huir ante las patrullas.

D. Luis.

¡Pascual!

Pascual.

No lo hablo por vos,
que aunque sois un calavera

teneis la alma bien entera
y reñís bien, ¡voto á brios!

D. Luis.

Pues si es en mí tan notorio
el valor, mira, Pascual,

que el valor es proverbial
en la raza de Tenorio.

Y porque conozco bien

- de su valor el extremo ,
de sus ardidés me temo
que en tierra con mi honra den.
Pascual. Pues suelto estais ya , don Luis ;
y pues que tanto os acucia
el mal de celos , su astucia
con la astucia prevenis.
¿ Qué temeis de él ?
- D. Luis.* No lo sé ;
mas esta noche sospecho
que ha de procurar el hecho
consumar.
- Pascual.* Soñais.
- D. Luis.* ¿ Por qué ?
- Pascual.* ¿ No está preso ?
- D. Luis.* Si que está ;
mas tambien lo estaba yo
y un hidalgo me fió.
- Pascual.* Mas ¿ quién á él le fiará ?
- D. Luis.* En fin , solo un medio encuentro
de satisfacerme.
- Pascual.* ¿ Cuál ?
- D. Luis.* Que de esta casa , Pascual ,
quede yo esta noche dentro.
- Pascual.* Mirad que asi de doña Ana
teneis el honor vendido.
- D. Luis.* ¿ Qué mil rayos ! ¿ su marido
no voy á ser yo mañana ?
- Pascual.* Mas señor , ¿ no os digo yo
que os fió con la existencia... ?
- D. Luis.* Sí , salir de una pendencia ,
mas de un ardid diestro , no.
Y en fin , ó paso en la casa
la noche , ó tomo la calle
aunque la justicia me halle.
- Pascual.* Señor don Luis , eso pasa
de terquedad , y es capricho
que dejar os aconsejo
y os irá bien.
- D. Luis.* No lo deajo ,
- Pascual.*
- Pascual.* ¡ Don Luis !

D. Luis.

Está dicho.

Pascual.

¡Vive Dios! ¿Hay tal afan?

D. Luis.

Tú dirás lo que quisieres,

mas yo fio en las mugeres

mucho menos que en don Juan.

Y pues lance es estremado

por dos locos emprendido,

bien será un loco atrevido

para un loco desalmado.

Pascual.

Mirad bien lo que decís,

porque yo sirvo á doña Ana

desde que nació, y mañana

sereis su esposo, don Luis.

D. Luis.

Pascual, esa hora llegada

y ese derecho adquirido,

yo sabré ser su marido

y la haré ser bien casada.

Mas en tanto...

Pascual.

No habéis mas.

Yo os conozco desde niños

y sé lo que son cariños,

por vida de Barrabás.

Oid: mi cuarto es sobrado

para los dos: dentro de él

quedad: mas palabra fiel

dadme de estaros callado.

D. Luis.

Te la doy.

Pascual.

Y hasta mañana

juntos con doble cautela

nos quedaremos en vela.

D. Luis.

Y se salvará doña Ana.

Pascual.

Sea.

D. Luis.

Pues vamos.

Pascual.

Teneos.

D. Luis.

¿Qué vais á hacer?

Pascual.

A entrar.

D. Luis.

¿Ya?

Pascual.

¿Quién sabe lo que él hará?

Vuestros celosos deseos

reprimid: que ser no puede

mientras que no se recoja

mi amo don Gil de Pantoja

y todo en silencio quede.

D. Luis.

¡Voto á...!

Pascual.

¡Eh! dad una vez breves treguas al amor.

D. Luis.

¿Y á qué hora ese buen señor suele acostarse?

Pascual.

A las diez; y en esa calleja estrecha hay una reja; llamad á las diez, y descuidad mientras en mi.

D. Luis.

Es cosa hecha.

Pascual.

Don Luis, hasta luego pues.

D. Luis.

A Dios, Pascual, hasta luego.

ESCENA III.

DON LUIS.

Jamas tal desasosiego tuve. Paréceme que es esta noche hora menguada para mí... y no sé qué vago presentimiento, qué estrago teme mi alma acongojada. Por Dios que nunca pensé que á doña Ana amara así, ni por ninguna senti lo que por ella... ¡Oh! y á fé que de don Juan me amedrenta no el valor, mas la ventura. Parece que le asegura Satanás en cuanto intenta. No, no: es un hombre infernal, y téngome para mí que si me aparto de aquí me burla pese á Pascual. Y aunque me tenga por necio quiero entrar: que con don Juan las precauciones no estan para vistas con desprecio.
(Llama á la ventana.)

ESCENA IV.

DON LUIS. DOÑA ANA.

- Doña Ana.* ¿Quién va?
- D. Luis.* ¿No es Pascual?
- Doña Ana.* Don Luis.
- D. Luis.* Doña Ana.
- Doña Ana.* ¿Por la ventana llamas ahora?
- D. Luis.* Ay Doña Ana, cuán á buen tiempo salis.
- Doña Ana.* ¿Pues qué hay, Mejia?
- D. Luis.* Un empeño por tu beldad con un hombre que temo.
- Doña Ana.* ¿Y qué hay que te asombre en él, cuando eres tú el dueño de mi corazón?
- D. Luis.* Doña Ana, no lo puedes comprender, de ese hombre sin conocer nombre y suerte.
- Doña Ana.* Será vana su buena suerte conmigo: ya ves, solo horas nos faltan para la boda, y te asaltan vanos temores.
- D. Luis.* Testigo me es Dios que nada por mí me da pavor mientras tenga espada, y ese hombre venga cara á cara contra tí. Mas como el león audaz y cauteloso y prudente, como la astuta serpiente...
- Doña Ana.* Bah, duerme, don Luis, en paz, que su audacia y su prudencia nada lograrán de mí, que tengo cifrada en tí la gloria de mi existencia.
- D. Luis.* Pues bien, Ana, de ese amor

que me aseguras en nombre,
para no temer á ese hombre
voy á pedirte un favor.

Doña Ana. Di; mas bajo, por si escucha
tal vez alguno.

D. Luis. Oye pues.

ESCENA V.

DOÑA AMA y DON LUIS, á la reja derecha. DON JUAN y
CIUTTI, en la calle izquierda.

Ciutti. Señor, por mi vida, que es
vuestra suerte buena y mucha.

D. Juan. Ciutti, nadie como yo:
ya viste cuán facilmente
el buen alcaide prudente
se avino y suelta me dió.
Doña Ana. Mas no hay ya en ello que hablar:
¿mis encargos has cumplido?

Ciutti. Todos los he concluido
mejor que pude esperar.

D. Juan. ¿La beata...?

Ciutti. Esta es la llave
de la puerta del jardin,
que habrá que escalar al fin,
pues como usarcé ya sabe
las tapias de ese convento
no tienen entrada alguna.

D. Juan. ¿Y te dió carta?

Ciutti. Ninguna;
me dijo que aqui al momento
iba á salir de camino;
que al convento se volvia,
y que con vos hablaria.

D. Juan. Mejor es.

Ciutti. Lo mismo opino.

D. Juan. ¿Y los caballos?

Ciutti. Con silla
y freno los tengo ya.

D. Juan. ¿Y la gente?

Ciutti. Cerca está.

- D. Juan.** Bien, Ciutti; mientras Sevilla
tranquila en sueño reposa
creyendome encarcelado,
otros dos nombres añado
á mi lista numerosa.
¡Já! ¡já!
- Ciutti.** Señor.
- D. Juan.** ¿Qué?
- Ciutti.** Callad.
- D. Juan.** ¿Qué hay, Ciutti?
- Ciutti.** Al doblar la esquina
en esa reja vecina
he visto un hombre.
- D. Juan.** Es verdad;
pues ahora sí que es mejor
el lance: ¿y si es ese?
- Ciutti.** ¿Quién?
- D. Juan.** Don Luis.
- Ciutti.** Imposible.
- D. Juan.** ¡Toma!
¿no estoy yo aquí?
- Ciutti.** Diferencia
va de él á vos.
- D. Juan.** Evidencia
lo creo, Ciutti; allí asoma
tras de la reja una dama.
- Ciutti.** Una criada tal vez.
- D. Juan.** Preciso es verlo, pardiez,
no perdamos lance y fama.
Mira, Ciutti: á fuer de ronda
tú con varios de los míos
por esa calle escurriós
dando vuelta á la redonda
á la casa.
- Ciutti.** Y en tal caso
cerrará ella.
- D. Juan.** Pues con eso
ella ignorante y él preso
nos dejarán franco el paso.
- Ciutti.** Decis bien.
- D. Juan.** Corre, y atájale,
que en ello el vencer consiste.

Ciutti. ¿Mas si el truan se resiste?
D. Juan. Entonces de un tajo, rájale.

ESCENA VI.

DON JUAN. DOÑA ANA. DON LUIS.

D. Luis. ¿Me das pues tu asentimiento?

Doña Ana. Consiento.

D. Luis. ¿Complácesme de ese modo?

Doña Ana. En todo.

D. Luis. Pues te velaré hasta el dia.

Doña Ana. Sí, Mejía.

D. Luis. Páguate el cielo, Ana mia,
satisfaccion tan entera.

Doña Ana. Porque me juzgues sincera,
consiento en todo, Mejía.

D. Luis. Volveré pues otra vez.

Doña Ana. Sí, á las diez.

D. Luis. ¿Me aguardarás, Ana?

Doña Ana. Sí.

D. Luis. Aquí.

Doña Ana. ¿Y tú estarás puntual, eh?

D. Luis. Estaré.

Doña Ana. La llave pues te daré.

D. Luis. Y dentro yo de tu casa,
venga Tenorio.

Doña Ana. Alguien pasa;
á las diez.

D. Luis. Aquí estaré.

ESCENA VII.

DON JUAN. DON LUIS.

D. Luis. Mas se acercan. ¿Quién va allá?

D. Juan. Quien va.

D. Luis. De quien va así ¿qué se infiere?

D. Juan. Que quiere.

D. Luis. ¿Ver si la lengua le arranco?

D. Juan. El paso franco.

D. Luis. Guardado está.

- D. Juan. ¿Y soy yo manco?
- D. Luis. Pidiéraislo en cortesía.
- D. Juan. ¿Y á quién?
- D. Luis. A don Luis Mejía.
- D. Juan. *Quien va, quiere el paso franco.*
- D. Luis. ¿Conocéisme?
- D. Juan. Sí.
- D. Luis. ¿Y yo á vos?
- D. Juan. Los dos.
- D. Luis. ¿Y en qué estriba el estorballe?
- D. Juan. En la calle.
- D. Luis. ¿De ella los dos por ser amos?
- D. Juan. Estamos.
- D. Luis. Dos hay no más que podamos necesitarle á la vez.
- D. Juan. Lo sé.
- D. Luis. ¿Sois don Juan!
- D. Juan. ¡Pardiez!
- los dos ya en la calle estamos.*
- D. Luis. ¿No os prendieron?
- D. Juan. Como á vos.
- D. Luis. ¡Vive Dios!
- D. Juan. ¿y huisteis?
- D. Luis. Os imité:
- D. Juan. ¿y qué?
- D. Luis. Que perdereis.
- D. Juan. No sabemos.
- D. Luis. Lo veremos.
- D. Juan. La dama entrambos tenemos sitiada y estais cogido.
- D. Luis. Tiempo hay.
- D. Juan. Para vos perdido.
- D. Luis. ¡Vive Dios que lo veremos!
- (Don Luis desenvaina su espada; mas Ciutti, que ha bajado con los suyos cautelosamente hasta colocarse tras él, le sujeta.)*
- D. Juan. Señor don Luis, vedlo pues.
- D. Luis. Traicion es.
- D. Juan. La boca... *(A los suyos, que se la tapan á don Luis.)*
- D. Luis. ¡Oh!
- D. Juan. *(Le sujetan los brazos.)* Sujeto atrás:

mas.

La empresa es, señor Mejía,
como mia.

Encerrádmele hasta el dia. (*A los suyos.*)
La apuesta está ya en mi mano. (*A don Luis.*)
A Dios, don Luis: si os la gano
traicion es; mas como mia.

ESCENA VIII.

DON JUAN.

Buen lance ¡viven los cielos!
Estos son los que dan fama:
mientras le soplo la dama
él se arrancará los pelos
encerrado en mi bodega.
¿Y ella...? Cuando crea hallarse
con él... ¡já! ¡já...! Oh, y quejarse
no puede, limpio se juega.
A la carcel le llevé
y salió: llevóme á mí
y salió: hallarnos aqui
era fuerza... ya se ve,
su parte en la grave apuesta
defendia cada cual.
Mas con la suerte está mal
Mejía, y tambien pierde esta.
Sin embargo, y por si acaso,
no es demas asegurarse
de Lucía, á desgraciarse
no vaya por poco el paso.
Mas por allí un bulto negro
se aproxima... y á mi ver
es el bulto una muger.
¿Otra aventura? Me alegro.

ESCENA IX.

DON JUAN. BRÍGIDA.

Brigida. ¿Caballero?

D. Juan.

¿Quién va allá?

Brigida.

¿Sois don Juan?

D. Juan.

¡Por vida de...!

¡Si es la beata! ¡y á fé

que la habia olvidado ya!

Llegaos; don Juan soy yo.

Brigida.

¿Estais solo?

D. Juan.

Con el diablo.

Brigida.

¡Jesucristo!

D. Juan.

Por vos lo hablo.

Brigida.

¿Soy yo el diablo?

D. Juan.

Créolo.

Brigida.

¡Vaya! Qué cosas teneis:

vos sí que sois un diablillo...

D. Juan.

Que te llenará el bolsillo

si le sirves.

Brigida.

Lo vereis.

D. Juan.

Descarga pues ese pecho.

Brigida.

¿Qué hiciste?

Cuanto me ha dicho

vuestro page..., y qué mal bicho

es ese Ciutti.

D. Juan.

¿Qué ha hecho?

Brigida.

¡Gran bribon!

D. Juan.

¿No os ha entregado

un bolsillo y un papel?

Brigida.

Leyendo estará ahora en él

doña Inés.

D. Juan.

¿La has preparado?

Brigida.

Vaya; y os la he convencido

con tal maña y de manera,

que irá como una cordera

tras vos.

D. Juan.

¡Tan facil te ha sido!

Brigida.

¡Bah! pobre garza enjaulada,

dentro la jaula nacida,

¿qué sabe ella si hay mas vida

ni mas aire en que volar?

Si no vió nunca sus plumas

del sol á los resplandores,

¿qué sabe de los colores

de que se puede ufanar?

No cuenta la pobrecilla
diez y siete primaveras,
y aun virgen á las primeras
impresiones del amor,
nunca concibió la dicha
fuera de su pobre estancia,
tratada desde su infancia
con cauteloso rigor.

Y tantos años monótonos
de soledad y convento
tenian su pensamiento
ceñido á punto tan ruin,
á tan reducido espacio,
y á círculo tan mezquino,
que era el claustro su destino
y el altar era su fin.

«Aquí está Dios,» la dijeron;
y ella dijo: «Aquí le adoro.»
«Aquí está el claustro y el coro.»
Y pensó: «No hay mas allá.»

Y sin otras ilusiones
que sus sueños infantiles,
pasó diez y siete abriles
sin conocerlo quizá.

¿Y está hermosa?

¡Oh! como un angel.

¿Y la has dicho...

Figuraos
si habré metido mal caos
en su cabeza, don Juan.

La hablé del amor, del mundo,
de la corte y los placeres,
de cuánto con las mugeres
erais pródigo y galan.

La dije que erais el hombre
por su padre destinado
para suyo: os he pintado
muerto por ella de amor,
desesperado por ella,
y por ella perseguido,
y por ella decidido
á perder vida y honor.

- En fin, mis dulces palabras
 al posarse en sus oídos
 sus deseos mal dormidos
 arrastraron de sí en pód;
 y allá dentro de su pecho
 han inflamado una llama
 de fuerza tal, que ya os ama
 y no piensa mas que en vos.
- D. Juan.** Tan incentiva pintura
 los sentidos me enagena,
 y el alma ardiente me llena
 de su insensata pasión.
- Empezó por una apuesta,
 siguió por un devaneo,
 engendró luego un deseo,
 y hoy me quema el corazón.
- Poco es al centro de un claustro;
 ¡al mismo infierno bajara,
 y á estocadas la arrancara
 de los brazos de Satan!
- ¡Oh! hermosa flor, cuyo caliz
 al rocío aun no se ha abierto
 á trasplantarte va al huerto
 de sus amores don Juan.
- ¿Brigida?
- Brigida.** Os estoy oyendo
 y me haceis perder el tino:
 yo os creía un libertino
 sin alma y sin corazón.
- D. Juan.** ¿Eso estrañas? ¿No está claro
 que en un objeto tan noble
 hay que interesarse doble
 que en otros?
- Brigida.** Teneis razon.
- D. Juan.** ¿Con que á qué hora se recogen
 las madres?
- Brigida.** Ya recogidas
 estarán. ¿Vos prevenidas
 todas las cosas teneis?
- D. Juan.** Todas.
- Brigida.** Pues luego que doblen
 á las ánimas, con tiento

saltando al huerto, al convento
facilmente entrar podeis
con la llave que os he enviado:
de un claustro oscuro y estrecho
es, seguidle bien derecho,
y dareis con poco afan
en nuestra celda.

D. Juan. Y si acierto
à robar tan gran tesoro,
te he de hacer pesar en oro.

Brigida. Por mi no queda, don Juan.

D. Juan. Vé y aguardame.

Brigida. Voy pues
à entrar por la portería,
y à cegar à Sor Maria
la tornera. Hasta despues.

(Vase Brigida, y un poco antes de concluir esta escena
sale Ciutti, que se para en el fondo esperando.)

ESCENA X.

DON JUAN. CIUTTI.

D. Juan. Pues señor, ¡soberbio embite!
muchas hice hasta esta hora,
mas por Dios que la de ahora
serà tal que me acredite.
Mas ya veo que me espera
Ciutti. Lebrél. (Llamándole.)

Ciutti. Aquí estoy.

D. Juan. ¿Y don Luis?

Ciutti. Libre por hoy
estais de él.

D. Juan. Ahora quisiera
ver à Lucia.

Ciutti. Llegar
podeis aqui. (A la reja derecha.) Yo la llamo,
y al salir à mi reclamo
la podeis vos abordar.

D. Juan. Llama pues.

Ciutti. La seña mia
sabe bien para que dude

en acudir.

D. Juan.

Pues si acude,
lo demas es cuenta mia.

(*Ciutti llama á la reja con una seña que parezca conve-
nida. Lucía se asoma á ella, y al ver á don Juan se
detiene un momento.*)

ESCENA XI.

DON JUAN. LUCÍA. CIUTTI.

Lucia.

¿Qué quereis, buen caballero?

D. Juan.

Quiero.

Lucia.

¿Qué quereis? Vamos á ver.

D. Juan.

Ver.

Lucia.

¿Ver? ¿Qué vereis á esta hora?

D. Juan.

A tu señora.

Lucia.

Idos, hidalgo, en mal hora;
¿quién pensais que vive aqui?

D. Juan.

Doña Ana Pantoja, y
quiero ver á tu señora.

Lucia.

¿Sabeis que casa doña Ana?

D. Juan.

Sí, mañana.

Lucia.

¿Y ha de ser tan infiel ya?

D. Juan.

Sí será.

Lucia.

¿Pues no es de don Luis Mejia?

D. Juan.

¡Cá! otro dia.

Hoy no es mañana, Lucia;
yo he de estar hoy con doña Ana,
y si se casa mañana,
mañana será otro dia.

Lucia.

¡Ah! ¿en recibiros está?

D. Juan.

Podrá.

Lucia.

¿Qué haré si os he de servir?

D. Juan.

Abrir.

Lucia.

¡Bah! ¿Y quién abre este castillo?

D. Juan.

Ese bolsillo.

Lucia.

¿Oro?

D. Juan.

Pronto te dió el brillo.

Lucia.

¿Cuánto!

D. Juan.

De cien doblas pasa.

Lucia.

¡Jesus!

- D. Juan. Cuenta y di: ¿esta casa
podrá abrir ese bolsillo?
- Lucia. ¡Oh! si es quien me dora el pico...
- D. Juan. Muy rico. (*Interrumpiéndola.*)
- Lucia. ¿Sí? ¿qué nombre usa el galán?
- D. Juan. Don Juan.
- Lucia. ¿Sin apellido notorio?
- D. Juan. Tenorio.
- Lucia. ¡Animas del purgatorio!
¿Vos don Juan?
- D. Juan. ¿Qué te amedrenta,
si á tus ojos se presenta
muy rico don Juan Tenorio?
- Lucia. Rechina la cerradura.
- D. Juan. Se asegura.
- Lucia. ¿Y á mí quién? ¡Por Belcebú!
- D. Juan. Tú.
- Lucia. ¿Y qué me abrirá el camino?
- D. Juan. Buen tino.
- Lucia. ¡Bah! ir en brazos del destino...
- D. Juan. Dobla el oro.
- Lucia. Me acomodo.
- D. Juan. Pues mira como de todo
se asegura tu buen tino.
- Lucia. Dadme algun tiempo, pardiez.
- D. Juan. A las diez.
- Lucia. ¿Dónde os busco, ó vos á mí?
- D. Juan. Aquí.
- Lucia. ¿Con que estareis puntual, eh?
- D. Juan. Estaré.
- Lucia. Pues yo una llave os traeré.
- D. Juan. Y yo otra igual cantidad.
- Lucia. No me falteis.
- D. Juan. No en verdad;
á las diez aqui estaré.
A Dios pues, y en mí te fia.
Y en mí el garboso galán.
- Lucia. Y en mí el garboso galán.
- D. Juan. A Dios pues, franca Lucia.
- Lucia. A Dios pues, rico don Juan.
- (*Lucia cierra la ventana. Ciutti se acerca á don Juan á una seña de este.*)

ESCENA XII.

DON. JUAN. CIUTTI.

D. Juan. (Riéndose.) Con oro nada hay que falle:
 Ciutti, ya sabes mi intento;
 á las nueve en el convento,
 á las diez en esta calle. (Vanse.)



FIN DEL ACTO 2.º



Acto tercero.

PROFANACION.

PERSONAS.

DON JUAN.

DOÑA INÉS.

DON GONZALO.

BRIGIDA.

LA ABADESA.

LA TORNERA.

Celda de doña Inés. — Puerta en el fondo y á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INÉS. LA ABADESA.

Abadesa. ¿Con que me habeis entendido?

Doña Inés. Sí señora.

Abadesa. Está muy bien;

la voluntad decisiva
de vuestro padre tal es.
Sois jóven, cándida, y buena;
vivido en el claustro habeis
casi desde que nacisteis;
y para quedar en él
atada con santos votos
para siempre, ni aun teneis
como otras pruebas difíciles

ni penitencias que hacer.

Dichosa mil veces vos;
dichosa, sí, doña Inés,
que no conociendo el mundo
no le debéis de temer.

¡Dichosa vos, que de el claustro
al pisar en el dintel
no os volveréis á mirar
lo que tras vos dejareis!
y los mundanos recuerdos
del bullicio y del placer
no os turbarán tentadores
del ara santa á los pies;
pues ignorando lo que hay
tras esa santa pared,
lo que tras ella se queda
jamás apetecereis.

Mansa paloma enseñada
en las palmas á comer
del dueño que la ha criado
en doméstico vergel,
no habiendo salido nunca
de la protectora red,
no ansiareis nunca las alas
por el espacio tender.

Lirio gentil, cuyo tallo
mecieron solo tal vez
las embalsamadas brisas
del más florecido mes,
aquí á los besos del aura
vuestro cáliz abrireis,
y aquí vendrán vuestras hojas
tranquilamente á caer.
Y en el pedazo de tierra
que abarca nuestra estrechez,
y en el pedazo de cielo
que por las rejillas se ve,
vos no vereis más que un lecho
do en dulce sueño yacer,
y un velo azul suspendido
á las puertas del Edén.
¡Ay! en verdad que os envidio,

venturosa doña Inés,
con vuestra inocente vida
la virtud del no saber.

Doña Inés. ¿Mas por qué estais cabizbaja?

Doña Inés. ¿Por qué no me respondeis
como otras veces alegre
cuando en lo mismo os hablé?

Brigida. ¿Suspirais...? ¡Oh! ya comprendo :

Doña Inés. de vuelta aqui hasta no ver
Brigida. á vuestra aya estais inquieta,
pero nada receleis.

Doña Inés. A casa de vuestro padre
Brigida. fue casi al anochecer,
Doña Inés. y abajo en la portería

Brigida. estará: yo os la enviaré,
Doña Inés. que estoy de vela esta noche.

Brigida. Con que, vamos, doña Inés,
Doña Inés. recogeos, que ya es hora:

Brigida. mal ejemplo no me deis
á las novicias, que há tiempo
que duermen ya: hasta despues.

Doña Inés. Id con Dios, madre abadesa.

Abadesa. A Dios, hija.

ESCENA II.

DOÑA INÉS.

Ya se fue.

No sé qué tengo, ¡ay de mí!

que en tumultuoso tropel

mil encontradas ideas

me combaten á la vez.

Otras noches complacida

sus palabras escuché;

y de esos cuadros tranquilos

que sabe pintar tan bien

de esos placeres domésticos,

la dichosa sencillez

y la calma venturosa,

me hicieron apetecer

la soledad de los claustros

y su santa rigidez.
 Mas hoy la oí distraída,
 y en sus pláticas hallé,
 si no enojosos discursos,
 á lo menos aridez.
 Y no sé por qué al decirme
 que podría acontecer
 que se acelerase el día
 de mi profesion, temblé;
 y sentí del corazón
 acelerarse el vaiven,
 y teñirse el semblante
 de amarilla palidez.
 ¡Ay de mí...! ¡pero mi dueña
 dónde estará...! Esa muger
 con sus pláticas al cabo
 me entretiene alguna vez.
 Y hoy la echo menos... acaso
 porque la voy á perder,
 que en profesando es preciso
 renunciar á cuanto amé.
 Mas pasos siento en el claustro;
 ¡oh! reconozco muy bien
 sus pisadas... Ya está aquí.

ESCENA III.

DOÑA INÉS. BRÍGIDA.

- Brigida.* Buenas noches, doña Inés.
Doña Inés. ¿Cómo habeis tardado tanto?
Brigida. Voy á cerrar esta puerta.
Doña Inés. Hay orden de que esté abierta.
Brigida. Eso es muy bueno y muy santo
 para las otras novicias
 que han de consagrarse á Dios,
 no, doña Inés, para vos.
Doña Inés. Brigida, no ves que vicias
 las reglas del monasterio
 que no permiten...
Brigida. ¡Bah! ¡bah!
 mas seguro así se está,
 y así se habla sin misterio

ni estorbos: ¿habeis mirado
el libro que os he traído?

Doña Inés. Ay, se me habia olvidado.

Brigida. ¡Pues me hace gracia el olvido!

Doña Inés. ¡Como la madre abadesa
se entró aqui inmediatamente!

Brigida. ¡Vieja mas impertinente!

Doña Inés. ¿Pues tanto el libro interesa?

Brigida. Vaya si interesa, mucho.

¡Pues quedó con poco afan
el infeliz!

Doña Inés. ¿Quién?

Brigida. Don Juan.

Doña Inés. ¡Válgame el cielo! ¡qué escuchó!

¿Es don Juan quien me le envia?

Brigida. Por supuesto.

Doña Inés. ¡Oh! yo no debo

tomarle.

Brigida. ¡Pobre mancebo!

desairarle asi, sería

matarle.

Doña Inés. ¿Qué estás diciendo?

Brigida. Si ese horario no tomais

tal pesadumbre le dais

que va á enfermar, lo estoy viendo.

Doña Inés. Ah, no, no: de esa manera

le tomaré.

Brigida. Bien hareis.

Doña Inés. ¡Y qué bonito es!

Brigida. Ya veis;

quien quiere agradar se esmera.

Doña Inés. Con sus manecillas de oro.

¡Y cuidado que está prieto!

á ver, á ver si completo

contiene el rezo del coro.

(*Le abre, y cae una carta de entre sus hojas.*)

Mas ¿qué cayó?

Brigida. Un papelito.

Doña Inés. ¡Una carta!

Brigida. Claro está;

en esa carta os vendrá

ofreciendo el regalito.

- Doña Inés.* ¡Qué! ¿Será suyo el papel?
- Brigida.* ¡Vaya, que sois inocente! pues que os feria, es consiguiente que la carta será de él.
- Doña Inés.* ¡Ay Jesus!
- Brigida.* ¿Qué es lo que os da?
- Doña Inés.* Nada, Brigida, no es nada.
- Brigida.* No, no: si estais inmutada: (ya presa en la red está.)
¿Se os pasa?
- Doña Inés.* Si.
- Brigida.* Eso habrá sido cualquier mareillo vano.
- Doña Inés.* Ay, se me abrasa la mano con que el papel he cogido.
- Brigida.* Doña Inés, válgame Dios, jamas os he visto asi: estais trémula.
- Doña Inés.* ¡Ay de mí!
- Brigida.* ¿Qué es lo que pasa por vos?
- Doña Inés.* No sé... El campo de mi mente siento que cruzan perdidas mil sombras desconocidas que me inquietan vagamente; y há tiempo al alma me dan con su agitacion tortura.
- Brigida.* ¿Tiene alguna por ventura el semblante de don Juan?
- Doña Inés.* No sé: desde que le vi, Brigida mia, y su nombre me dijiste, tengo á ese hombre siempre delante de mí. Por do quiera me distraigo con su agradable recuerdo, y si un instante le pierdo en su recuerdo recaigo. No sé qué fascinacion en mis sentidos ejerce, que siempre hácia él se me tuerce la mente y el corazon: y aqui y en el oratorio, y en todas partes advierto

- que el pensamiento divierto
con la imagen de Tenorio.
- Brigida.* ¡Válgame Dios! Doña Inés,
según lo vais explicando
tentaciones me van dando
de creer que eso amor es.
- Doña Inés.* ¡Amor has dicho!
- Brigida.* Sí, amor.
- Doña Inés.* No, de ninguna manera.
- Brigida.* Pues por amor lo entendiera
el menos entendedor;
mas vamos la carta á ver:
¿en qué os parais? ¿un suspiro?
- Doña Inés.* ¡Ay! que cuanto más la miro
menos me atrevo á leer.
- (Lee.)* «Doña Inés del alma mía.»
¡Virgen Santa, qué principio!
- Brigida.* Vendrá en verso, y será un ripio
que traerá la poesía.
Vamos, seguid adelante.
- Doña Inés.* *(Lee.)* «Luz de donde el sol la toma,
hermosísima paloma
privada de libertad,
si os dignais por estas letras
pasar vuestros lindos ojos,
no los torneis con enojos
sin concluir, acabad.»
- Brigida.* ¡Qué humildad! ¡y qué finura!
¡dónde hay mayor rendimiento!
- Doña Inés.* Brigida, no sé qué siento.
- Brigida.* Seguid, seguid la lectura.
- Doña Inés.* *(Lee.)* «Nuestros padres de consuno
nuestras bodas acordaron,
porque los cielos juntaron
los destinos de los dos.
Y halagado desde entonces
con tan risueña esperanza,
mi alma, doña Inés, no alcanza
otro porvenir que vos.
De amor con ella en mi pecho
brotó una chispa ligera,
que han convertido en hoguera

tiempo y afición tenaz.

Y esta llama que en mí mismo
se alimenta inextinguible,
cada día más terrible
va creciendo y más voraz.»

Brigida. Es claro; esperar le hicieron
en vuestro amor algún día,
y hondas raíces tenía
cuando á arrancársele fueron.
Seguid.

Doña Inés. (Lee.) « En vano á apagarla
concurren tiempo y ausencia,
que doblando su violencia
no hoguera ya, volcan es.
Y yo que en medio del cráter
desamparado batallo,
suspendido en él me hallo
entre mi tumba y mi Inés. »

Brigida. ¿Lo veis, Inés? Si ese horario
le despreciais, al instante
le preparan el sudario.

Doña Inés. Yo desfallezco.

Brigida. Adelante.

Doña Inés. (Lee.) « Inés, alma de mi alma,
perpetuo imán de mi vida,
perla sin concha escondida
entre las algas del mar;
garza que nunca del nido
tender osastes el vuelo
el diáfano azul del cielo
para aprender á cruzar;
si es que á través de esos muros
el mundo apenada miras
y por el mundo suspiras
de libertad con afán,
acuérdate que al pie mismo
de esos muros que te guardan
para salvarte te aguardan
los brazos de tu don Juan. »

(Representa.) ¿Qué es lo que me pasa, ¡cielo!
que me estoy viendo morir?

Brigida. (Ya tragó todo el anzuelo.)

- Vamos, que está al concluir.
- Doña Inés.** (Lee.) «Acuérdate de quien llora
al pie de tu celosía,
y allí le sorprende el día
y le halla la noche allí;
acuérdate de quien vive
solo por tí, ¡vida mía!
y que á tus pies volaría
si le llamaras á tí.»
- Brigida.** ¿Lo veis? vendría.
- Doña Inés.** ¡Vendría!
- Brigida.** A postrarse á vuestros pies.
- Doña Inés.** ¿Puede?
- Brigida.** ¡Oh! sí.
- Doña Inés.** ¡Virgen Maria!
- Brigida.** Pero ¡acabad!, doña Inés.
- Doña Inés.** (Lee.) «A Dios, oh luz de mis ojos;
á Dios, Inés de mi alma:
medita por Dios en calma
las palabras que aquí van:
y si odias esa clausura,
que ser tu sepulcro debe,
manda, que á todo se atreve
por tu hermosura don Juan.»
- (Representa doña Inés.)
- ¡Ay! ¿qué filtro envenenado
me dan en este papel,
que el corazón desgarrado
me estoy sintiendo con él?
¿Qué sentimientos dormidos
son los que revela en mí?
¿qué impulsos jamás sentidos!
¿qué luz, que hasta hoy nunca vi?
¿Qué es lo que engendra en mi alma
tan nuevo y profundo afán?
¿Quién roba la dulce calma
de mi corazón?
- Brigida.** Don Juan.
- Doña Inés.** ¡Don Juan dices...! ¿con que ese hombre
me ha de seguir por do quier?
¿solo he de escuchar su nombre?
¿solo su sombra he de ver?

¡ Ah ! bien dice : juntó el cielo
los destinos de los dos,
y en mi alma engendró este anhelo
fatal.

Brigida. ¡ Silencio por Dios !
(*Se oyen dar las ánimas.*)

Doña Inés. ¿ Qué ?

Brigida. Silencio.

Doña Inés. Me estremezco.

Brigida. ¿ Oís, doña Inés, tocar ?

Doña Inés. Sí, lo mismo que otras veces
las ánimas oigo dar.

Brigida. Pues no habéis de él.

Doña Inés. ¡ Cielo santo !

¿ De quién ?

Brigida. ¿ De quién ha de ser ?

de ese don Juan que amais tanto,
porque puede aparecer.

Doña Inés. ¡ Me amedrentas ! ¿ puede ese hombre
llegar hasta aquí ?

Brigida. Quizá.

Porque el eco de su nombre
tal vez llega adonde está.

Doña Inés. ¡ Cielos ! ¿ y podrá... ?

Brigida. Quién sabe.

Doña Inés. ¿ Es un espíritu, pues ?

Brigida. No, mas si tiene una llave...

Doña Inés. ¡ Dios !

Brigida. Silencio, doña Inés :

¿ no oís pasos ?

Doña Inés. ¡ Ay ! ahora

nada oigo.

Brigida. Las nueve dan.

Suben... se acercan... Señora...

Ya está aquí.

Doña Inés. ¿ Quién ?

Brigida. Él.

Doña Inés. ¡ Don Juan !

ESCENA IV.

DOÑA INÉS. DON JUAN. DOÑA BRÍGIDA.

Doña Inés. ¿ Qué es esto ? sueño... deliro.

D. Juan. ¡ Inés de mi corazón !

Doña Inés. Es realidad lo que miro ,
ó es una fascinación...
tenedme... apenas respiro...
sombra... huye por compasión.
¡ Ay de mí... !

(Desmáyase doña Inés y don Juan la sostiene. La carta de don Juan queda en el suelo abandonada por doña Inés al desmayarse.)

Brigida. La ha fascinado

vuestra repentina entrada ,
y el pavor la ha trastornado.

D. Juan. Mejor , así nos ha ahorrado
la mitad de la jornada.
¡ Ea ! no desperdiciemos
el tiempo aquí en contemplarla
si perdernos no queremos.

En los brazos á tomarla
voy , y cuanto antes , ganemos
ese claustro solitario.

Brigida. ¡ Oh , vais á sacarla así !

D. Juan. Necia , ¿ piensas que rompí
la clausura temerario
para dejármela aquí ?

Mi gente abajo me espera :
sigueme.

Brigida. ¡ Sin alma estoy !

¡ Ay ! este hombre es una fiera ,
nada le ataja ni altera...

Si , si ; á su sombra me voy.

ESCENA V.

LA ABADESA.

Jurara que habia oido
por estos claustros andar :
hoy á doña Inés velar
algo mas la he permitido ,
y me temo... mas no estan
aquí. ¿ Qué pudo ocurrir
á las dos para salir

de la celda? ¿ dónde irán?
 ¡Hola! yo las ataré
 corto para que no vuelvan
 á enredar y me revuelvan
 á las novicias... sí á fé.
 Mas siento por allá fuera
 pasos. ¿ Quién es?

ESCENA VI.

LA ABADESA. LA TORNERA.

Tornera. Yo, señora.
Abadesa. ¡Vos en el claustro á esta hora!
 ¿Qué es esto, hermana tornera?
Tornera. Madre abadesa, os buscaba.
Abadesa. ¿Qué hay? decid.
Tornera. Un noble anciano
 quiere hablaros.
Abadesa. Es en vano.
Tornera. Dice que es de Calatrava
 caballero; que sus fueros
 le autorizan á este paso,
 y que la urgencia del caso
 le obliga al instante á veros.
Abadesa. ¿Dijo su nombre?
Tornera. El señor
 don Gonzalo Ulloa.
Abadesa. ¿Qué
 puede querer...? Ábralé,
 hermana: es comendador
 de la orden, y derecho
 tiene en el claustro de entrada.

ESCENA VII.

LA ABADESA. DON GONZALO *despues.*

Abadesa. ¿A una hora tan avanzada
 venir así...? no sospecho
 qué pueda ser... mas me place,
 pues no hallando á su hija aquí

la reprenderá , y así
mirará otra vez lo que hace.

ESCENA VIII.

LA ABADESA. DON GONZALO. LA TORNERA , á la puerta.

D. Gonz. Perdonad , madre abadesa ,
que en hora tal os moleste ;
mas para mí , asunto es este
que honra y vida me interesa.

Abadesa. ¡ Jesus !

D. Gonz. Oid.

Abadesa. Hablad pues.

D. Gonz. Yo guardé hasta hoy un tesoro
de mas quilates que el oro ,
y ese tesoro es mi Inés.

Abadesa. A propósito.

D. Gonz. Escuchad.

Se me acaba de decir
que han visto á su dueña ir
há poco por la ciudad
hablando con el criado
de un don Juan , de tal renombre
que no hay en la tierra otro hombre
tan audaz ni tan malvado.

En tiempo atrás se pensó
con él á mi hija casar ,
y hoy que se la fui á negar
robármela me juró :

que por el torpe doncel
ganada la dueña está
no puedo dudarlo ya :
debo pues guardarme de él.

Y un dia , un hora quizás
de imprevision le bastara
para que mi honor manchara
ese hijo de Satanás.

Hé aquí mi inquietud cuál es :
por la dueña en conclusion
vengo : vos la profesion
abreviad de doña Inés.

- Abadesa.* Sois padre, y es vuestro afan el muy justo, comendador; mas ved que ofende á mi honor.
- D. Gonz.* No sabeis quién es don Juan.
- Abadesa.* Aunque le pintais tan malo, yo os puedo decir de mí que mientras Inés esté aqui segura está, don Gonzalo.
- D. Gonz.* Lo creo; mas las razones abreviemos: entregadme á esa dueña y perdonadme mis mundanas opiniones. Si vos de vuestra virtud me respondeis, yo me fundo en que conozco del mundo la insensata juventud.
- Abadesa.* Se hará como lo exigis. Hermana tornera, id pues á buscar á doña Inés y á su dueña.
- D. Gonz.* ¿Qué decis, señora? ó traición me ha hecho mi memoria, ó yo sé bien que esta es hora de que esten ambas á dos en su lecho.
- Abadesa.* Há un punto senti á las dos salir de aqui, no sé á qué.
- D. Gonz.* ¡Ay! por qué tiemblo no sé; ¡mas qué veo, Santo Dios! Un papel... me lo decia á voces mi mismo afan.
- (Leyendo.)* «Doña Inés del alma mía...» y la firma de don Juan. Ved... ved... esa prueba escrita. Leed ahí... ¡Oh! mientras que vos por ella rogais á Dios viene el diablo y os la quita.

ESCENA IX.

LA ABADESA. DON GONZALO. LA TORNERA.

Tornera. Señora...

- Abadesa. ¿Qué es?
 Tornera. Vengo muerta.
 D. Gonz. Concluid.
 Tornera. No acierto á hablar...
 he visto á un hombre saltar
 por las tapias de la huerta.
 D. Gonz. ¿Veis? corramos: ¡ay de mí!
 Abadesa. ¿Dónde vais, comendador?
 D. Gonz. ¡Imbécil! tras de mi honor,
 que os roban á vos de aquí.



Quinta de San Juan Tornera con de Sevilla y sobre el
 Guadalupe, halcon en el fondo. Dos puertas á cada lado.

ESCUENA PRIMERA
 Tornera. ¿Qué noche! ¿cuántas horas!
 ¿habiendo calado...
 no me mudo yo á servir...
 á tan toreros...
 ¡Ay, Cuiti! ¿no estás estovada?
 no me puedo mover...
 ¿Puedo darte...
 y robas si...
 ¡Ya! no estás estovada!

Cuiti.
 Tornera.
 Cuiti.
 Tornera.
 Cuiti.



Acto cuarto.



EL DIABLO A LAS PUERTAS DEL CIELO.

PERSONAS.

DON JUAN.
DOÑA INÉS.
DON GONZALO.
DON LUIS.

CIUTTI.
BRÍGIDA.
ALGUACILES 1.º y 2.º

Quinta de don Juan Tenorio cerca de Sevilla y sobre el Guadalquivir. Balcon en el fondo. Dos puertas á cada lado.

ESCENA PRIMERA.

BRÍGIDA. CIUTTI.

Brigida. ¡ Qué noche , válgame Dios !
á poderlo calcular
no me meto yo á servir
á tan fogoso galan.

¡ Ay, Ciutti ! molida estoy;
no me puedo menear.

Ciutti. ¿ Pues qué os duele ?

Brigida.

Todo el cuerpo
y toda el alma ademas.

Ciutti. ¡ Ya ! no estais acostumbrada

- Brigida.* al caballo , es natural.
Mil veces pensé caer :
¡ uf ! ¡ qué mareo ! ¡ qué afan !
Veía yo unos tras otros
ante mis ojos pasar
los árboles como en alas
llevados de un huracan ,
tan apriesa y produciéndome
ilusion tan infernal
que perdiera los sentidos
si tardamos en parar.
- Ciutti.* Pues de estas cosas vereis
si en esta casa os quedais
lo menos seis por semana.
- Brigida.* ¡ Jesus !
- Ciutti.* ¿ Y esa niña está
reposando todavía ?
- Brigida.* ¿ Y á qué se ha de despertar ?
- Ciutti.* Si , es mejor que abra los ojos
en los brazos de don Juan.
- Brigida.* Preciso es que tu amo tenga
algun diablo familiar.
- Ciutti.* Yo creo que sea él mismo
un diablo en carne mortal,
porque á lo que él , solamente
se arrojava Satanás.
- Brigida.* ¡ Oh ! ¡ el lance ha sido estremado !
- Ciutti.* Pero al fin logrado está.
- Brigida.* ¡ Salir asi de un convento
en medio de una ciudad
como Sevilla !
- Ciutti.* Es empresa
tan solo para hombre tal.
Mas ¡ qué diablos ! si á su lado
la fortuna siempre va ,
y encadenado á sus pies
duerme sumiso el azar.
- Brigida.* Si , decis bien.
- Ciutti.* No he visto hombre
de corazon mas audaz ;
ni halla riesgo que le espante ,
ni encuentra dificultad

- que al empeñarse en vencer
le haga un punto vacilar.
A todo osado se arroja,
de todo se ve capaz,
ni mira dónde se mete,
ni lo pregunta jamas.
Alli hay un lance, le dicen:
y él dice: «allá va don Juan.»
¡Mas ya tarda, vive Dios!
- Brigida.* Las doce en la catedral
han dado há tiempo.
- Ciutti.* Y de vuelta
debía á las doce estar.
- Brigida.* ¿Pero por qué no se vino
con nosotros?
- Ciutti.* Tiene allá
en la ciudad todavía
cuatro cosas que arreglar.
- Brigida.* ¿Para el viaje?
- Ciutti.* Por supuesto;
aunque muy facil será
que esta noche á los infiernos
le hagan á él mismo viajar.
- Brigida.* ¡Jesus, qué ideas!
- Ciutti.* Pues digo.
¿Son obras de caridad
en las que nos empleamos
para mejor esperar?
Aunque seguros estamos
como vuelva por acá.
- Brigida.* ¿De veras, Ciutti?
- Ciutti.* Venid
á este balcon y mirad.
¿Qué veis?
- Brigida.* Veo un bergantín
que anclado en el rio está.
- Ciutti.* Pues su patron solo aguarda
las órdenes de don Juan,
y salvos en todo caso
á Italia nos llevará.
- Brigida.* ¿Cierto?
- Ciutti.* Y nada receleis

por nuestra seguridad ;
que es el barco mas velero
que voga sobre la mar.

Brigida. ¡ Chist ! ya siento á doña Inés.

Ciutti. Pues yo me voy , que don Juan
encargó que sola vos
debiais con ella hablar.

Brigida. Y encargó bien , que yo entiendo
de esto.

Ciutti. A Dios pues.

Brigida. Vete en paz.

ESCENA II.

DOÑA INÉS. BRÍGIDA.

Doña Inés. Dios mio , ¡ cuánto he soñado !

Loca estoy : ¿ qué hora será ?

¿ Pero qué es esto , ay de mí ?

no recuerdo que jamas
haya visto este aposento.

¿ Quién me trajo aqui ?

Brigida. Don Juan.

Doña Inés. Siempre don Juan... ¿ mas conmigo
aqui tú tambien estás ,
Brigida ?

Brigida. Sí , doña Inés.

Doña Inés. Pero dime en caridad ,
¿ dónde estamos ? ¿ Este cuarto
es del convento ?

Brigida. No tal :
aquello era un cuchitril
en donde no habia mas
que miseria.

Doña Inés. Pero en fin ,

¿ en dónde estamos ?

Brigida. Mirad ,

mirad por este balcon ,
y alcanzareis lo que va
desde un convento de monjas
á una quinta de don Juan.

Doña Inés. ¿ Es de don Juan esta quinta ?

Brigida. Y creo què vuestra ya.
Doña Inés. Pero no comprendo, *Brigida*,
 lo que me hablas.

Brigida. Escuchad.

Estabais en el convento
 leyendo con mucho afan
 una carta de don Juan,
 cuando estalló en un momento
 un incendio formidable.

Doña Inés. ¡Jesus!

Brigida. Espantoso, inmenso ;
 el humo era ya tan denso
 que el aire se hizo palpable.

Doña Inés. Pues no recuerdo...

Brigida.

Las dos
 con la carta entretenidas,
 olvidamos nuestras vidas,
 yo oyendo, y leyendo vos.
 Y estaba en verdad tan tierna,
 que entrambas á su lectura
 achacamos la tortura
 que sentiamos interna.
 Apenas ya respirar
 podiamos, y las llamas
 prendian ya en nuestras camas:
 nos ibamos á axfixiar,
 cuando don Juan, que os adora,
 y que rondaba el convento,
 al ver crecer con el viento
 la llama devastadora,
 con inaudito valor
 viendo que ibais á abrasaros,
 se metió para salvaros
 por donde pudo mejor.
 Vos al verle asi asaltar
 la celda tan de improviso
 os desmayásteis... preciso,
 la cosa era de esperar.
 Y él cuando os vió caer asi
 en sus brazos os tomó
 y echó á huir; yo le seguí,
 y del fuego nos sacó.

¿Dónde íbamos á esta hora?

Vos seguiais desmayada,
yo estaba ya casi ahogada.

Dijo pues: «hasta la aurora
en mi casa las tendré.»

Y hénos, doña Inés aqui.

Doña Inés. ¿Con que esta es su casa?

Brigida.

Sí.

Doña Inés. Pues nada recuerdo á fé.

Pero... ¡en su casa...! Oh, al punto
salgamos de ella... yo tengo
la de mi padre.

Brigida.

Convengo

con vos; pero es el asunto...

Doña Inés. ¿Qué?

Brigida.

Que no podemos ir.

Doña Inés. Oír tal me maravilla.

Brigida.

Nos aparta de Sevilla...

Doña Inés.

¿Quién?

Brigida.

Vedlo, el Guadalquivir.

Doña Inés.

¿No estamos en la ciudad?

Brigida.

Á una legua nos hallamos
de sus murallas.

Doña Inés.

¡Oh! ¡estamos
perdidas!

Brigida.

¡No sé en verdad
por qué!

Doña Inés.

Me estás confundiendo,

Brigida... y no sé qué redes

son las que entre estas paredes

temo que me estás tendiendo.

Nunca el claustro abandoné

ni sé del mundo exterior

los usos, mas tengo honor;

noble soy, Brigida, y sé

que la casa de don Juan

no es buen sitio para mí:

me lo está diciendo aqui

no sé qué escondido afan.

Ven, huyamos.

Brigida.

Doña Inés,
la existencia os ha salvado.

Doña Inés. Sí, pero me ha envenenado el corazón.

Brigida. ¿Le amais pues?

Doña Inés. No sé... mas por compasion huyamos pronto de ese hombre, tras de cuyo solo nombre se me escapa el corazón.

¡Ah! tú me diste un papel de mano de ese hombre escrito, y algun encanto maldito me diste encerrado en él.

Una sola vez le vi por entre unas celosias, y que estaba me decias en aquel sitio por mí.

Tú, Brigida, á todas horas me venias de él á hablar, haciéndome recordar sus gracias fascinadoras.

Tú me dijiste que estaba para mio destinado por mi padre... y me has jurado en su nombre que me amaba.

¿Que le amo dices...? pues bien, si esto es amar, sí, le amo; pero yo sé que me infamo con esa pasion tambien.

Y si el débil corazón se me va tras de don Juan, tirándome de él estan mi honor y mi obligacion.

Vamos pues, vamos de aqui primero que ese hombre venga; pues fuerza acaso no tenga si le veo junto á mí.

Vamos, Brigida. Esperad.

Brigida.

¿No oís?

Doña Inés.

¿Qué?

Brigida.

Ruido de remos.

Doña Inés. Si, dices bien; volveremos en un bote á la ciudad.

- Brigida.* Mirad, mirad, doña Inés.
Doña Inés. Acaba... por Dios partamos.
Brigida. Ya imposible que salgamos.
Doña Inés. ¿Por qué razon?
Brigida. Porque él es
 quien en ese barquichuelo
 se adelanta por el rio.
Doña Inés. ¡Ay! ¡dadme fuerzas, Dios mio!
Brigida. Ya llegó, ya está en el suelo.
 Sus gentes nos volverán
 á casa, mas antes de irnos
 es preciso despedirnos
 á lo menos de don Juan.
Doña Inés. Sea, y vamos al instante.
 No quiero volverle á ver.
Brigida. (Los ojos te hará volver
 el encontrarle delante.)
 Vamos.
Doña Inés. Vamos.
Ciutti. (Dentro.) Aquí estan.
D. Juan. (Idem.) Alumbra.
Brigida. ¡Nos busca!
Doña Inés. Él es.

ESCENA III.

DICHAS. DON JUAN.

- D. Juan.* ¿Adónde vais, doña Inés?
Doña Inés. Dejadme salir, don Juan.
D. Juan. ¿Que os deje salir?
Brigida. Señor,
 sabiendo ya el accidente
 del fuego, estará impaciente
 por su hija el comendador.
D. Juan. ¡El fuego! ¡Ah! No os dé cuidado
 por don Gonzalo, que ya
 dormir tranquilo le hará
 el mensaje que le he enviado.
Doña Inés. ¿Le habeis dicho...?
D. Juan. Que os hallabais
 bajo mi amparo segura,

y el aura del campo pura
 libre por fin respirabais.
 ¡Cálmate pues, vida mía!
 reposa aquí; y un momento
 olvida de tu convento
 la triste cárcel sombría.
 ¡Ah! ¿No es cierto, ángel de amor,
 que en esta apartada orilla
 mas pura la luna brilla
 y se respira mejor?
 Ésta aura que vaga llena
 de los sencillos olores
 de las campesinas flores
 que brota esa orilla amena;
 esa agua limpia y serena
 que atraviesa sin temor
 la barca del pescador
 que espera cantando al día,
 ¿no es cierto, paloma mía,
 que están respirando amor?
 Esa armonía que el viento
 recoge entre esos millares
 de floridos olivares,
 que agita con manso aliento;
 ese dulcísimo acento
 con que trina el ruiseñor
 de sus copas morador
 llamando al cercano día,
 ¿no es verdad, gacela mía,
 que están respirando amor?
 Y estas palabras que están
 filtrando insensiblemente
 tu corazón ya pendiente
 de los labios de don Juan,
 y cuyas ideas van
 inflamando en su interior
 un fuego germinador
 no encendido todavía,
 ¿no es verdad, estrella mía,
 que están respirando amor?
 Y esas dos líquidas perlas
 que se desprenden tranquilas

de tus radiantes pupilas
 convidándome á beberlas
 evaporarse á no verlas
 de sí mismas al calor,
 y ese encendido color
 que en tu semblante no habia,
 ¿no es verdad, hermosa mia,
 que estan respirando amor?
 ¡Oh! sí, bellissima Inés,
 espejo y luz de mis ojos;
 escucharme sin enojos,
 como lo haces, amor es:
 mira aqui á tus plantas pues
 todo el altivo rigor
 de este corazon traidor
 que rendirse no creia
 adorando, vida mia,
 la esclavitud de tu amor.

Doña Inés. Callad por Dios, ¡oh! don Juan,
 que no podré resistir
 mucho tiempo sin morir
 tan nunca sentido afan.
 ¡Ah! callad por compasion,
 que oyéndoos me parece
 que mi cerebro enloquece,
 y se arde mi corazon.
 ¡Ah! me habeis dado á beber
 un filtro infernal sin duda,
 que á rendiros os ayuda
 la virtud de la muger.
 Tal vez poseeis, don Juan,
 un misterioso amuleto
 que á vos me atrae en secreto
 como irresistible iman.
 Tal vez Satán puso en vos
 su vista fascinadora,
 su palabra seductora,
 y el amor que negó á Dios.
 ¿Y qué he de hacer ¡ay de mí!
 sino caer en vuestros brazos,
 si el corazon en pedazos
 me vais robando de aqui?

No, don Juan, en poder mio
 resistirte no está ya:
 yo voy á ti como va
 sorbido al mar ese rio.
 Tu presencia me enagena,
 tus palabras me alucinan,
 y tus ojos me fascinan,
 y tu aliento me envenena.
 ¡Don Juan! ¡don Juan! yo lo imploro
 de tu hidalga compasion:
 ó arráncame el corazon,
 ó ámame, porque te adoro.

D. Juan.

¡Alma mia! esa palabra
 cambia de modo mi ser,
 que alcanzo que puede hacer
 hasta que el Edén se me abra.
 No es, doña Inés, Satanás
 quien pone este amor en mí;
 es Dios, que quiere por ti
 ganarme para él quizás.
 No, el amor que hoy se atesora
 en mi corazón mortal,
 no es un amor terrenal
 como el que sentí hasta ahora,
 no es esa chispa fugaz
 que cualquier ráfaga apaga;
 es incendio que se traga
 cuanto ve, inmenso, voraz.
 Desecha pues tu inquietud,
 bellissima doña Inés,
 porque me siento á tus pies
 capaz aun de la virtud.
 Sí, iré mi orgullo á postrar
 ante el buen comendador,
 y ó habrá de darme tu amor,
 ó me tendrá que matar.

Doña Inés.

D. Juan.

Doña Inés.

D. Juan.

¡Don Juan de mi corazon!

¡Silencio! ¿habeis escuchado?

¿Qué?

Sí, una barca ha atracado
 debajo de ese balcon.
 Un hombre embozado de ella

salta... Brigida, al momento
pasad á ese otro aposento,
y perdonad, Inés bella,
si solo me importa estar.

Doña Inés. ¿Tardarás?

D. Juan. Poco ha de ser.

Doña Inés. A mi padre hemos de ver.

D. Juan. Sí, en cuanto empiece á clarear.

A Dios.

ESCENA IV.

DON JUAN. CIUTTI.

Ciutti. Señor.

D. Juan. ¿Qué sucede,

Ciutti?

Ciutti. Ahí está un embozado
en veros muy empeñado.

D. Juan. ¿Quién es?

Ciutti. Dice que no puede
descubrirse mas que á vos,
y que es cosa de tal priesa
que en ella se os interesa
la vida á entrambos á dos.

D. Juan. ¿Y en él no has reconocido
marca ni señal alguna
que nos oriente?

Ciutti. Ninguna;
mas á veros decidido
viene.

D. Juan. ¿Trae gente?

Ciutti. No mas
que los remeros del bote.

D. Juan. Que entre.

ESCENA V.

DON JUAN. *Luego* CIUTTI y DON LUIS, *embozados.*

D. Juan. ¡Jugamos á escote
la vida...! mas ¿si es quizás
un traidor que hasta mi quinta

me viene siguiendo el paso?

Hálleme pues por si acaso
con las armas en la cinta.

(Se ciñe la espada y suspende al cinto un par de pistolas que habrá colocado sobre la mesa á su salida en la escena tercera. Al momento sale Ciutti conduciendo á don Luis, que embozado hasta los ojos espera á que se queden solos. Don Juan hace á Ciutti una seña para que se retire. Lo hace.)

ESCENA VI.

DON JUAN. DON LUIS.

D. Juan. (Buen talante.) Bien venido,
caballero.

D. Luis. Bien hallado,
señor mio.

D. Juan. Sin cuidado
hablad.

D. Luis. Jamas lo he tenido.

D. Juan. Decid pues: ¿á qué venis
á esta hora y con tal afan?

D. Luis. Vengo á mataros, don Juan.

D. Juan. Segun eso sois don Luis.

D. Luis. No os engañó el corazon,
y el tiempo no malgastemos,
don Juan: los dos no cabemos
ya en la tierra.

D. Juan. En conclusion,
señor Mejía, ¿es decir
que porque os gané la apuesta
quereis que acabe la fiesta
con salirnos á batir?

D. Luis. Estais puesto en la razon:
la vida apostado habemos,
y es fuerza que nos paguemos.

D. Juan. Soy de la misma opinion.
Mas ved que os debo advertir
que sois vos quien la ha perdido.

D. Luis. Pues por eso os la he traído;
mas no creo que morir

deba nunca un caballero
que lleva en el cinto espada
como una res destinada
por su dueño al matadero.

D. Juan. Ni yo creo que resquicio
habreis jamas encontrado
por donde me hayais tomado
por un cortador de oficio.

D. Luis. De ningun modo; y ya veis
que pues os vengo á buscar
mucho en vos debo fiar.

D. Juan. No mas de lo que podeis.
Y por mostraros mejor
mi generosa hidalguía,
decid si aun puedo, Mejia,
satisfacer vuestro honor.
Leal la apuesta os gané;
mas si tanto os ha escocido,
mirad si hallais conocido
remedio, y le aplicaré.

D. Luis. No hay mas que el que os he propuesto,
don Juan. Me habeis maniatado,
y habeis la casa asaltado
usurpándome mi puesto:
y pues el mio tomásteis
para triunfar de doña Ana,
no sois vos, don Juan, quien gana,
porque por otro jugásteis.

D. Juan. Ardides del juego son.

D. Luis. Pues no os los quiero pasar,
y por ellos á jugar
vamos ahora el corazon.

D. Juan. ¿Le arriesgais pues en revancha
de doña Ana de Pantoja?

D. Luis. Sí, y lo que tardo me enoja
en lavar tan fea mancha.

Don Juan, yo la amaba, si;
mas con lo que habeis osado
imposible la hais dejado
para vos y para mí.

D. Juan. ¿Por qué la apostásteis pues?

D. Luis. Porque no pude pensar

- que lo pudiérais lograr.
Y... vamos, por San Andrés,
à reñir, que me impaciente.
- D. Juan. Bajemos à la ribera.
D. Luis. Aquí mismo.
D. Juan. Necio fuera :
¿ no veis que en este aposento
prendieran al vencedor?
Vos traéis una barquilla.
- D. Luis. Si.
D. Juan. Pues que lleve à Sevilla
al que quede.
- D. Luis. Eso es mejor ;
salgamos pues.
- D. Juan. Esperad.
D. Luis. ¿ Qué sucede?
D. Juan. Ruido sientó.
D. Luis. Pues no perdamos momento.

ESCENA VII.

DON JUAN. DON LUIS. CIUTTI.

- Ciutti. Señor, la vida salvad.
D. Juan. ¿ Qué hay pues?
Ciutti. El comendador,
que llega con gente armada.
D. Juan. Déjale franca la entrada,
pero à él solo.
- Ciutti. Mas señor...
D. Juan. Obedéceme. (*Vase Ciutti.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN. DON LUIS.

- D. Juan. Don Luis,
pues de mí os habeis fiado
cuanto dejais demostrado
cuando à mi casa venis,
no dudaré en suplicaros,
pues mi valor conoceis,

- que un instante me aguardéis.
- D. Luis. Yo nunca puse reparos
en valor que es tan notorio,
mas no me fio de vos.
- D. Juan. Ved que las partes son dos
de la apuesta con Tenorio,
y que ganadas estan.
- D. Luis. ¡Lográsteis á un tiempo...!
- D. Juan. Si:
la del convento está aqui:
y pues viene de don Juan
á reclamarla quien puede,
cuando me podeis matar
no debo asunto dejar
tras mí que pendiente quede.
- D. Luis. Pero mirad que meter
quien puede el lance impedir
entre los dos puede ser...
- D. Juan. ¿Qué?
- D. Luis. Escusaros de reñir.
- D. Juan. ¡Miserable...! de don Juan
podeis dudar solo vos:
mas aqui entrad, vive Dios,
y no tengais tanto afan
por vengaros, que este asunto
arreglado con ese hombre,
don Luis, yo os juro á mi nombre
que nos batimos al punto.
- D. Luis. Pero...
- D. Juan. ¡Con una legion
de diablos! entrad aqui;
que harta nobleza es en mi
aun daros satisfaccion.
Desde ahí ved y escuchad;
franca teneis esa puerta,
si veis mi conducta incierta
como os acomode obrad.
- D. Luis. Me avengo, si muy reacio
no andais.
- D. Juan. Calculadlo vos
á placer: mas vive Dios
que para todo hay espacio,

(*Entra don Luis en el cuarto que don Juan le señala.*)

Ya suben. (*Don Juan escucha.*)

D. Gonz. (*Dentro.*) ¿Dónde está?

D. Juan. El es.

ESCENA IX.

DON JUAN. DON GONZALO.

D. Gonz. ¿Adónde está ese traidor?

D. Juan. Aquí está, comendador.

D. Gonz. ¿De rodillas?

D. Juan. Y á tus pies.

D. Gonz. Vil eres hasta en tus crímenes.

D. Juan. Anciano, la lengua ten,
y escúchame un solo instante.

D. Gonz. ¿Qué puede en tu lengua haber
que borre lo que tu mano
escribió en este papel?

¡Ir á sorprender ¡infame!
la cándida sencillez

de quien no pudo el veneno
de esas letras precaver!

¡Derramar en su alma virgen
traidoramente la hiel
en que rebosa la tuya
seca de virtud y fe!

¡Proponerse así enlodar
de mis timbres la alta prez,
como si fuera un harapo
que desecha un mercader!

¿Ese es el valor, Tenorio,
de que blasonas? ¿Esa es
la proverbial osadía

que te da al vulgo á temer?

¿Con viejos y con doncellas
la muestras...? y ¿para qué?

¡vive Dios! para venir
sus plantas así á lamer
mostrándote á un tiempo ageno
de valor y de honradez.

D. Juan. ¡Comendador!

D. Gonz. Miserable;

tú has robado á mi hija Inés
de su convento, y yo vengo
por tu vida, ó por mi bien.

D. Juan. Jamas delante de un hombre
mi alta cerviz incliné,
ni he suplicado jamas
ni á mi padre ni á mi rey.
Y pues conservo á tus plantas
la postura en que me ves,
considera, don Gonzalo,
que razon debo tener.

D. Gonz. Lo que tienes, es pavor
de mi justicia.

D. Juan. ¡Pardiez!
óyeme, comendador,
ó tenerme no sabré,
y seré quien siempre he sido
no queriéndolo ahora ser.

D. Gonz. ¡Vive Dios!

D. Juan. Comendador,
yo idolatro á doña Inés
persuadido de que el cielo
nos la quiso conceder
para enderezar mis pasos
por el sendero del bien.
No amé la hermosura en ella
ni sus gracias adoré,
lo que adoro es la virtud,
don Gonzalo, en doña Inés.
Lo que justicias ni obispos
no pudieron de mí hacer
con cárceles y sermones,
lo pudo su candidez.
Su amor me torna en otro hombre
regenerando mi ser,
y ella puede hacer un angel
de quien un demonio fue.
Escucha pues, don Gonzalo,
lo que te puede ofrecer
el audaz don Juan Tenorio
de rodillas á tus pies.
Yo seré esclavo de tu hija,

- en tu casa viviré,
tú gobernarás mi hacienda
diciéndome *esto ha de ser*.
El tiempo que señalares
en reclusion estaré;
cuantas pruebas exigieres
de mi audacia ó mi altivez,
del modo que me ordenares
con sumision te daré.
Y cuando estime tu juicio
que la puedo merecer,
yo la daré un buen esposo
y ella me dará el Edén.
- D. Gonz.** Basta, don Juan; no sé cómo
me he podido contener
oyendo tan torpes pruebas
de tu infame avilantez.
Don Juan, tú eres un cobarde
cuando en la ocasion te ves,
y no hay bajeza á que no oses
como te saque con bien.
- D. Juan.** ¡Don Gonzalo!
- D. Gonz.** Y me avergüenzo
de mirarte así á mis pies
lo que apostabas por fuerza
suplicando por merced.
- D. Juan.** Todo así se satisface,
don Gonzalo, de una vez.
- D. Gonz.** ¡Nunca, nunca! ¿Tú su esposo?
primero la mataré.
¡Ea! entrégamela al punto,
ó sin poderme valer
en esa postura vil
el pecho te cruzaré.
- D. Juan.** Miralo bien, don Gonzalo;
que vas á hacerme perder
con ella hasta la esperanza
de mi salvacion tal vez.
- D. Gonz.** ¿Y qué tengo yo, don Juan,
con tu salvacion que ver?
- D. Juan.** Comendador, que me pierdes.
- D. Gonz.** Mi hija.

D. Juan. Considera bien
que por cuantos medios pude
te quise satisfacer ;
y que con armas al cinto
tus denuestros toleré
proponiéndote la paz
de rodillas á tus pies.

ESCENA X.

DICHOS. DON LUIS, *soltando una carcajada de burla.*

D. Luis. Muy bien , don Juan.
D. Juan. ¡ Vive Dios !
D. Gonz. ¿ Quién es ese hombre ?
D. Luis. Un testigo
de su miedo , y un amigo ,
comendador , para vos.
D. Juan. ¡ Don Luis !
D. Luis. Ya he visto bastante ,
don Juan , para conocer
cuál uso puedes hacer
de tu valor arrogante ;
y quien hiere por detras
y se humilla en la ocasion ,
es tan vil como el ladron
que roba y huye.
D. Juan. ¿ Esto mas ?
D. Luis. Y pues la ira soberana
de Dios , junta como ves
al padre de doña Inés
y al vengador de doña Ana ,
mira el fin que aqui te espera
cuando á igual tiempo te alcanza ,
aqui dentro su venganza
y la justicia allá fuera.
D. Gonz. ¡ Oh ! ahora comprendo... ¿ sois vos
el que...
D. Luis. Soy don Luis Mejía ,
á quien á tiempo os envia
por vuestra venganza Dios.
D. Juan. ¡ Basta pues de tal suplicio !
si con hacienda y honor

ni os muestro ni doy valor
 á mi franco sacrificio,
 y la leal solicitud
 con que ofrezco cuanto puedo
 tomáis, vive Dios, por miedo
 y os mostráis de mi virtud,
 os acepto el que me dais
 plazo breve y perentorio
 para mostrarme el Tenorio
 de cuyo valor dudáis.

D. Luis. Sea; y cae á nuestros pies
 digno al menos de esa fama
 que por tan bravo te aclama.

D. Juan. Y venza el infierno pues.
 Ulloa, pues mi alma así
 vuelves á hundir en el vicio,
 cuando Dios me llame á juicio
 tú responderás por mí. *(Le da un pistoletazo.)*
 ¡Asesino!

D. Gonz.

D. Juan. Y tú, insensato,
 que me llamas vil ladrón,
 di en prueba de tu razón
 que cara á cara te mato.

(Riñen, y le da una estocada.)

D. Luis.

¡Jesus!

D. Juan.

Tarde tu fé ciega
 acude al cielo, Mejía,
 y no fue por culpa mía;
 pero la justicia llega
 y á fé que ha de ver quién soy.

Ciutti.

(Dentro.) Don Juan.

D. Juan.

(Asomando al balcon.) ¿Quién es?

Ciutti.

(Dentro.) Por aquí;
 salvaos.

D. Juan.

¿Hay paso?

Ciutti.

Sí;

arrojaos.

D. Juan.

Allá voy.

Llamé al cielo y no me oyó,
 y pues sus puertas me cierra
 de mis pasos en la tierra
 responda el cielo, y no yo.

(Se arroja por el balcón, y se le oye caer en el agua del río, al mismo tiempo que el ruido de los remos muestra la rapidez del barco en que parte; se oyen golpes en las puertas de la habitación; poco despues entra la justicia, soldados, etc.)

ESCENA XI.

ALGUACILES. SOLDADOS. Luego DOÑA INÉS y BRÍGIDA.

Alg. 1.º El tiro ha sonado aqui.

Alg. 2.º Aun hay humo.

Alg. 1.º ¡Santo Dios!
aqui hay un cadáver.

Alg. 2.º Dos.

Alg. 1.º ¿Y el matador?

Alg. 2.º Por alli.

(Abren el cuarto en que estan doña Inés y Brígida, y las sacan á la escena; doña Inés reconoce el cadáver de su padre.)

Alg. 2.º ¡Dos mugeres!

Doña Inés. ¡Ah, qué horror,
padre mio!

Alg. 1.º ¡Es su hija!

Brígida. Si.

Doña Inés. ¡Ay! ¿dó estás, don Juan, que aqui
me olvidas en tal dolor?

Alg. 1.º Él le asesinó.

Doña Inés. ¡Dios mio!

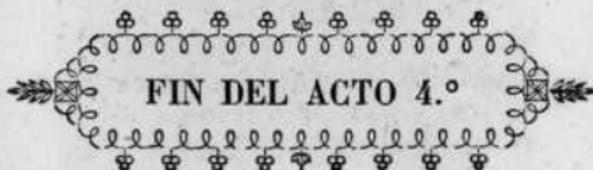
¿me guardabas esto mas?

Alg. 2.º Por aqui ese Satanás
se arrojó sin duda al río.

Alg. 1.º Miradlos... á bordo estan
del bergantin calabrés.

Todos. Justicia por doña Inés.

Doña Inés. Pero no contra don Juan.



Se arruga por el bálago, y se le que con el agua del
tro, al tiempo que se le echa de las cosas que
tra la rapidez del baco en que parte, se oye golpes
en las puertas de la habitación, pues después entra la
justicia, soldados, etc.

ESCENA XI

ALBUQUERQUE, SOLIMÓN, JUAN DON JUAN, LUIS Y BRIGIDA.

Alb. 1.º El tiro ha sonado señor.
Alb. 2.º Ahn hay huido.

Alb. 1.º ¿Santo Dios!
¿quién ha en cadaver?
Alb. 2.º ¿Dios?

Alb. 1.º ¿Y el matador?
Alb. 2.º ¿Por allí?

(Loran el cuerpo que están Juan Luis y Brigida, y las
resaca de la escena; dando lugar a volver el cadáver de un
punto.)

Alb. 2.º ¿Dios maldito!
Bona laca. ¡Ah! que horror.

padre mío!
Alb. 1.º ¿Qué se hizo?

Brigida.
Bona laca. ¡Ay! ¿dónde está don Juan, que aquí está
me olidas en tal dolor?

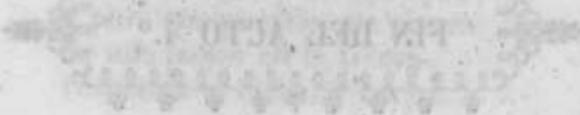
Alb. 1.º El lo acasó.
Bona laca. ¿Dios mío!

Alb. 2.º ¿me guardaste este hijo?
Por aquí con Santiago.
se arrojó sin vida al río.

Alb. 1.º ¿Mirad! ¿dónde está
del bergamín espadas.
Justicia por don Juan.

Todos.
Bona laca. Pero no contra don Juan.

Alb. 1.º





LA BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

SEGUNDA PARTE.

Principio de la familia. El matrimonio es un contrato sagrado, celebrado entre dos personas de legal edad. En primer término, el hombre y la mujer, los esposos de una familia de Dios, se unen y se unen para siempre, en los brazos de la caridad y de la fe. El esposo de esta familia es la cabeza y el jefe de la familia; él es don Juan de la familia, el jefe de la familia, el jefe de la familia, el jefe de la familia. En segundo lugar, el jefe de la familia es el jefe de la familia, el jefe de la familia, el jefe de la familia. En tercer lugar, el jefe de la familia es el jefe de la familia, el jefe de la familia, el jefe de la familia. En cuarto lugar, el jefe de la familia es el jefe de la familia, el jefe de la familia, el jefe de la familia. En quinto lugar, el jefe de la familia es el jefe de la familia, el jefe de la familia, el jefe de la familia. En sexto lugar, el jefe de la familia es el jefe de la familia, el jefe de la familia, el jefe de la familia. En séptimo lugar, el jefe de la familia es el jefe de la familia, el jefe de la familia, el jefe de la familia. En octavo lugar, el jefe de la familia es el jefe de la familia, el jefe de la familia, el jefe de la familia. En noveno lugar, el jefe de la familia es el jefe de la familia, el jefe de la familia, el jefe de la familia. En décimo lugar, el jefe de la familia es el jefe de la familia, el jefe de la familia, el jefe de la familia.

EL DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
 D. JUAN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
 EL DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

1850. 10. 10.

Acto primero.

LA SOMBRA DE DOÑA INÉS.

PERSONAS.

DON JUAN.

EL CAPITAN CENTELLAS.

DON RAFAEL DE AVELLANEDA.

UN ESCULTOR.

LA SOMBRA DE DOÑA INÉS.

Panteon de la familia Tenorio. — El teatro representa un magnífico cementerio, hermosado á manera de jardin. En primer término, aislados y de bulto, los sepulcros de don Gonzalo de Ulloa, de doña Inés y de don Luis Mejía, sobre los cuales se ven sus estatuas de piedra. El sepulcro de don Gonzalo á la derecha y su estatua de rodillas; el de don Luis á la izquierda, y su estatua tambien de rodillas: el de doña Inés en el centro, y su estatua de pie. En segundo término otros dos sepulcros en la forma que convenga; y en tercer término y en puesto elevado el sepulcro y estatua del fundador don Diego Tenorio, en cuya figura remata la perspectiva de los sepulcros. Una pared llena de nichos y lápidas circuye el cuadro hasta el horizonte. Dos llorones á cada lado de la tumba de doña Inés dispuestos á servir de la manera que á su tiempo exige el juego escénico. Cipreses y flores de todas clases embellecen la decoracion, que no debe tener nada de horrible. La accion se supone en una tranquila noche de verano, y alumbrada por una clarísima luna.

ESCENA PRIMERA.

EL ESCULTOR, *disponiéndose á marchar.*

Pues señor, es cosa hecha:
el alma del buen don Diego

puede á mi ver con sosiego
 reposar muy satisfecha.
 La obra está rematada
 con cuanta suntuosidad
 su postrera voluntad
 dejó al mundo encomendada.
 Y ya quisieran ¡pardiez!
 todos los ricos que mueren
 que su voluntad cumplieren
 los vivos, como esta vez.

Mas ya de marcharme es hora:

todo corriente lo dejo,
 y de Sevilla me alejo
 al despuntar de la aurora.

¡Ah! mármoles que mis manos
 pulieron con tanto afan,
 mañana os contemplarán
 los absortos sevillanos;
 y al mirar de este panteon
 las gigantes proporciones
 tendrán las generaciones
 la nuestra en veneracion.

Mas yendo y viniendo dias
 se hundirán unas tras otras,
 mientras en pié estareis vosotras
 póstumas memorias mias.

¡Oh! frutos de mis desvelos,
 peñas á quien yo animé
 y por quienes arrostré
 la intemperie de los cielos;
 el que forma y ser os dió
 va ya á perderos de vista;
 ¡velad mi gloria de artista,
 pues vivireis mas que yo!
 Mas ¿quién llega?

ESCENA II.

EL ESCULTOR. DON JUAN, *que entra embozado.*

Escultor.

D. Juan.

Dios le guarde.

Caballero...

- Escultor.* Perdonad,
mas ya es tarde y...
- D. Juan.* Aguardad
un instante, porque quiero
que me espliqueis...
- Escultor.* ¿Por acaso
sois forastero?
- D. Juan.* Años há
que falto de España ya,
y me chocó el ver al paso
quando á esas verjas llegué
que encontraba este recinto
enteramente distinto
de quando yo le dejé.
- Escultor.* Yo lo creo; como que esto
era entonces un palacio,
y hoy es panteon el espacio
donde aquel estuvo puesto.
- D. Juan.* ¡El palacio hecho panteon!
- Escultor.* Tal fue de su antiguo dueño
la voluntad, y fue empeño
que dió al mundo admiracion.
- D. Juan.* ¡Y por Dios que es de admirar!
- Escultor.* Es una famosa historia,
á la cual debo mi gloria.
- D. Juan.* ¿Me la podreis relatar?
- Escultor.* Sí; aunque muy sucintamente,
pues me aguardan.
- D. Juan.* Sea.
- Escultor.* Oid
la verdad pura.
- D. Juan.* Decid,
que me teneis impaciente.
- Escultor.* Pues habitó esta ciudad
y este palacio heredado
un varon muy estimado
por su noble calidad.
Don Diego Tenorio.
- D. Juan.* El mismo.
- Escultor.* Tuvo un hijo este don Diego
peor mil veces que el fuego,
un aborto del abismo.

Un mozo sangriento y cruel,
 que con tierra y cielo en guerra
 dicen que nada en la tierra
 fue respetado por él.
 Quimerista, seductor
 y jugador con ventura,
 no hubo para él segura
 vida, ni hacienda, ni honor.
 Así le pinta la historia,
 y si tal era, por cierto
 que obró cuerdamente el muerto
 para ganarse la gloria.
 Pues ¿cómo obró?

D. Juan.
 Escultor.

Dejó entera
 su hacienda al que la empleara
 en un panteon que asombrara
 á la gente venidera.
 Mas con condicion que dijo
 que se enterraran en él
 los que á la mano cruel
 sucumbieron de su hijo.
 Y mirad en derredor
 los sepulcros de los mas
 de ellos.

D. Juan.

¿Y vos sois quizás
 el conserge?

Escultor.

El escultor
 de estas obras encargado.

D. Juan.

¡Ah! ¿Y las habeis concluido?

Escultor.

Há un mes; mas me he detenido
 hasta ver ese enverjado
 colocado en su lugar;
 pues he querido impedir
 que pueda el vulgo venir
 este sitio á profanar.

D. Juan.

(Mirando.) ¡Bien empleó sus riquezas
 el difunto!

Escultor.

¡Yo lo creo!
 Miradle allí.

D. Juan.

Ya le veo.

Escultor.

¿Le conocisteis?

D. Juan.

Si.

- Escultor.* Piezas
son todas muy parecidas
y á conciencia trabajadas.
- D. Juan.* ¡Cierto que son estremadas!
- Escultor.* ¿Os han sido conocidas
las personas?
- D. Juan.* Todas ellas.
- Escultor.* ¿Y os parecen bien?
- D. Juan.* Sin duda,
segun lo que á ver me ayuda
el fulgor de las estrellas.
- Escultor.* ¡Oh! se ven como de dia
con esta luna tan clara.
Esta es marmol de Carrara.
(Señalando á la de don Luis.)
- D. Juan.* ¡Buen busto es el de Mejia!
¡Hola! aqui el comendador
se representa muy bien.
- Escultor.* Yo quise poner tambien
la estátua del matador
entre sus víctimas, pero
no pude á manos haber
su retrato... Un Lucifer
dicen que era el caballero
don Juan Tenorio.
- D. Juan.* ¡Muy malo!
Mas como pudiera hablar
le habia algo de abonar
la estátua de don Gonzalo.
- Escultor.* ¿Tambien habeis conocido
á don Juan?
- D. Juan.* Mucho.
- Escultor.* Don Diego
le abandonó desde luego
desheredándole.
- D. Juan.* Ha sido
para don Juan poco daño
ese, porque la fortuna
va tras él desde la cuna.
- Escultor.* Dicen que ha muerto.
- D. Juan.* Es engaño:
vive.

Escultor.

¿Y dónde?

D. Juan.

Aquí, en Sevilla.

Escultor.

¿Y no teme que el furor popular...?

D. Juan.

En su valor

no ha echado el miedo semilla.

Escultor.

Mas cuando vea el lugar en que está ya convertido el solar que suyo ha sido no osará en Sevilla estar.

D. Juan.

Antes ver tendrá á fortuna en su casa reunidas

personas de él conocidas, puesto que no odia á ninguna.

Escultor.

¿Creeis que ose aquí venir?

D. Juan.

¿Por qué no? pienso á mi ver que donde vino á nacer justo es que venga á morir.

Y pues le quitan su herencia para enterrar á estos bien, á él es muy justo tambien que le entierren con decencia.

Escultor.

Solo á él le está prohibida en este panteon la entrada.

D. Juan.

Trae don Juan muy buena espada, y no sé quién se la impida.

Escultor.

¡Jesus! ¡tal profanacion!

D. Juan.

Hombre es don Juan que á querer volverá el palacio á hacer encima del panteon.

Escultor.

¿Tan audaz ese hombre es que aun á los muertos se atreve?

D. Juan.

¿Qué respetos gastar debe con los que tendió á sus pies?

Escultor.

¿Pero no tiene conciencia ni alma ese hombre?

D. Juan.

Tal vez no,

que al cielo una vez llamó con voces de penitencia, y el cielo en trance tan fuerte allí mismo le metió que á dos inocentes dió

- para salvarse la muerte.
Escultor. ¡Qué monstruo, supremo Dios!
D. Juan. Podeis estar convencido
de que Dios no le ha querido.
Escultor. Tal será.
D. Juan. Mejor que vos.
Escultor. (¿Y quién será el que á don Juan
abona con tanto brio?)
Caballero, á pesar mio
como aguardándome estan...
D. Juan. Idos pues en hora buena.
Escultor. He de cerrar.
D. Juan. No cerreis,
y marchaos.
Escultor. ¿Mas no veis...
D. Juan. Veo una noche serena
y un lugar que me acomoda
para gozar su frescura,
y aqui he de estar á mi holgura
si pesa á Sevilla toda.
Escultor. (¿Si acaso padecerá
de locura, desvarios?)
D. Juan. (Dirigiéndose á las estátuas.)
Ya estoy aqui, amigos míos.
Escultor. ¿No lo dije? loco está.
D. Juan. Mas cielos, ¡qué es lo que veo!
ó es ilusion de mi vista,
ó á doña Inés el artista
aqui representa creo.
Escultor. Sin duda.
D. Juan. ¿Tambien murió?
Escultor. Dicen que de sentimiento
cuando de nuevo al convento
abandonada volvió
por don Juan.
D. Juan. ¿Y yace aqui?
Escultor. Sí.
D. Juan. ¿La visteis muerta vos?
Escultor. Sí.
D. Juan. ¿Cómo estaba?
Escultor. ¡Por Dios
que dormida la creí!

- La muerte fue tan piadosa
 con su cándida hermosura ,
 que la envió con la frescura
 y las tintas de la rosa.
- D. Juan.** ¡Ah! mal la muerte podria
 deshacer con torpe mano
 el semblante soberano
 que un angel envidiaria.
 ¡Cuán bella y cuán parecida
 su efígie en el marmol es!
 ¡Quién pudiera , doña Inés,
 volver á darte la vida!
 ¿Es obra del cincel vuestro?
Escultor. Como todas las demas.
D. Juan. Pues bien merece algo mas
 un retrato tan maestro.
 Tomad.
- Escultor.** ¿Qué me dáis aqui?
D. Juan. ¿No lo veis?
Escultor. Mas... caballero...
 ¿por qué razon...?
D. Juan. Por que quiero
 yo que os acordeis de mí.
- Escultor.** Mirad que estan bien pagadas.
D. Juan. Asi lo estarán mejor.
Escultor. Mas vamos de aqui , señor ,
 que aun las llaves entregadas
 no estan , y al salir la aurora
 tengo que partir de aqui.
- D. Juan.** Entregádmelas á mí ,
 y marchaos desde ahora.
- Escultor.** ¿A vos?
D. Juan. A mí : ¿qué dudais?
Escultor. Como no tengo el honor...
D. Juan. Ea , acabad , escultor.
Escultor. Si el nombre al menos que usais
 supiera...
- D. Juan.** ¡Viven los cielos !
 Dejad á don Juan Tenorio
 velar el lecho mortuorio
 en que duermen sus abuelos.
- Escultor.** ¡Don Juan Tenorio !

D. Juan. Yo soy.

Y si no me satisfaces ,
compañia juro que haces
à tus estatuas desde hoy.

Escultor. (Alargándole las llaves.)

Tomad. (No quiero la piel
dejar aqui entre sus manos.
Ahora que los sevillanos
se las compongan con él.) (Vase.)

ESCENA III.

DON JUAN.

Mi buen padre empleó en esto
entera la hacienda mia :
hizo bien : yo al otro dia
la hubiera à una carta puesto.
No os podeis quejar de mí ,
vosotros à quien maté ;
si buena vida os quité ,
buena sepultura os di.

¡ Magnífica es en verdad
la idea del tal panteon !
y... siento que el corazon
me halaga esta soledad.

¡ Hermosa noche... ! ¡ ay de mí !
¡ Cuántas como esta tan puras
en infames aventuras
desatinado perdí !

¡ Cuántas al mismo fulgor
de esa luna trasparente
arranqué à algun inocente
la existencia ó el honor !

Sí , despues de tantos años
cuyos recuerdos espantan
siento que en mí se levantan
pensamientos en mí estraños.

¡ Oh ! acaso me los inspira
desde el cielo en donde mora
esa sombra protectora
que por mi mal no respira.

(Se dirige á la estatua de doña Inés hablándola con respeto.)

Mármol en quien doña Inés
 en cuerpo sin alma existe,
 deja que el alma de un triste
 llore un momento á tus pies.
 De azares mil á través
 conservé tu imagen pura,
 y pues la mala ventura
 te asesinó de don Juan,
 contempla con cuánto afan
 vendrá hoy á tu sepultura.

En tí nada mas pensó
 desde que se fue de tí;
 y desde que huyó de aquí
 solo en volver meditó.
 Don Juan tan solo esperó
 de doña Inés su ventura,
 y hoy que pós de su hermosura
 vuelve el infeliz don Juan,
 mira cuál será su afan
 al dar con tu sepultura.

Inocente doña Inés,
 cuya hermosa juventud
 encerró en el atahud
 quien llorando está á tus pies;
 si de esa piedra á través
 puedes mirar la amargura
 del alma que tu hermosura
 adoró con tanto afan,
 prepara un lado á don Juan
 en tu misma sepultura.

Dios te crió por mi bien,
 por tí pensé en la virtud,
 adoré su escelsitud,
 y anhelé su santo Edén.
 Sí, aun hoy mismo en tí tambien
 mi esperanza se asegura,
 que oigo una voz que murmura
 en derredor de don Juan
 palabras con que su afan
 se calma en tu sepultura.

¡ Oh doña Inés de mi vida !
 si esa voz con quien deliro
 es el postrimer suspiro
 de tu eterna despedida ;
 si es que de ti desprendida
 llega esa voz á la altura
 y hay un Dios tras esa anchura
 por donde los astros van ,
 dile que mire á don Juan
 llorando en tu sepultura .

(*Se apoya en el sepulcro ocultando el rostro; y mientras se conserva en esta postura un vapor que se levanta del sepulcro oculta la estatua de doña Inés. Cuando el vapor se desvanece la estatua ha desaparecido. Don Juan sale de su enagenamiento.*)

Este marmol sepulcral
 adormece mi vigor ,
 y sentir creo en redor
 un ser sobrenatural .
 Mas... ¡ cielos ! ¡ el pedestal
 no mantiene su escultura !
 ¿ Qué es esto ? ¿ aquella figura
 fue creacion de mi afan ?

ESCENA IV.

(*El lloron y las flores de la izquierda del sepulcro de doña Inés se cambian en una apariencia, dejando ver dentro de ella, y en medio de resplandores, la sombra de doña Inés.*)

DON JUAN. LA SOMBRA DE DOÑA INÉS.

Sombra. No ; mi espíritu , don Juan ,
 te aguardó en mi sepultura .

D. Juan. (*De rodillas.*)
 ¡ Doña Inés ! ¡ Sombra querida ,
 alma de mi corazón ,
 no me quites la razón
 si me has de dejar la vida !
 Si eres imagen fingida ,
 solo hija de mi locura ,

- no aumentes mi desventura
burlando mi loco afan.
- Sombra.* Yo soy doña Inés, don Juan,
que te oyó en su sepultura.
- D. Juan.* ¿Con que vives?
- Sombra.* Para ti;
mas tengo mi purgatorio
en ese marmol mortuorio
que labraron para mí.
Yo á Dios mi alma ofrecí
en precio de tu alma impura,
y Dios al ver la ternura
con que te amaba mi afan,
me dijo: -- «*Espera á don Juan*
» en tu misma sepultura.
» Y pues quieres ser tan fiel
» á un amor de Satanás,
» con don Juan te salvarás,
» ó te perderás con él.
» Por él vela: mas si cruel
» te desprecia tu ternura,
» y en su torpeza y locura
» sigue con bárbaro afan,
» llévase tu alma don Juan
» de tu misma sepultura.»
- D. Juan.* (*Fascinado.*)
¡Yo estoy soñando quizás
con las sombras de un Edén!
- Sombra.* No: y ve que si piensas bien
á tu lado me tendrás;
mas si obras mal causarás
nuestra eterna desventura.
Y medita con cordura
que es esta noche, don Juan,
el espacio que nos dan
para buscar sepultura.
A Dios pues; y en la árdua lucha
en que va á entrar tu existencia,
de tu dormida conciencia
la voz que va á alzarse escucha;
porque es de importancia mucha
meditar con sumo tiento

la eleccion de aquel momento
que sin poder evadirnos
al mal ó al bien ha de abrirnos
la losa del monumento.

(Ciérrase la apariencia; desaparece doña Inés, y todo queda como al principio del acto menos la estatua de doña Inés, que no vuelve á su lugar. Don Juan queda atónito.)

ESCENA V.

DON JUAN.

¡Cielos! ¿Qué es lo que escuché?
¡Hasta los muertos asi
dejan sus tumbas por mí!
mas sombra, delirio fue.
Yo en mi mente le forjé;
la imaginacion le dió
la forma en que se mostró,
y ciego vine á creer
en la realidad de un ser
que mi mente fabricó.

Mas nunca de modo tal
fanatizó mi razon
mi loca imaginacion
con su poder ideal.
Sí, algo sobrenatural
vi en aquella doña Inés
tan vaporosa á través
aun de esa enramada espesa;
mas... ¡bah! circunstancia es esa
que propia de sombras es.

¿Qué mas diáfano y sutil
que las quimeras de un sueño?

¿Dónde hay nada mas risueño,
mas flexible y mas gentil?

¿Y no pasa veces mil
que en febril exaltacion
ve nuestra imaginacion
como ser y realidad
la vacía vanidad
de una anhelada ilusion?

¡ Si por Dios , delirio fue !
mas su estatua estaba aqui .

Si , yo la vi y la toqué ,
y aun en albricias le di
al escultor no sé qué .

¡ Y ahora solo el pedestal
veo en la urna funeral !

¡ Cielos ! la mente me falta ,
ó de improviso me asalta
algun vértigo infernal .

¿ Qué dijo aquella vision ?

¡ Oh ! yo la oí claramente ,
y su voz triste y doliente
resonó en mi corazon .

¡ Ah ! ¡ y breves las horas son
del plazo que nos augura !

No , no : ¡ de mi calentura
delirio insensato es !
mi fiebre fue á doña Inés
quien abrió la sepultura .

¡ Pasad y desvaneceos ,
pasad , siniestros vapores
de mis perdidos amores
y mis fallidos deseos !

¡ Pasad , vanos devaneos
de un amor muerto al nacer ,
no me volvais á traer
entre vuestro torbellino
ese fantasma divino
que recuerda una muger !

¡ Ah ! ¡ estos sueños me aniquilan ,
mi cerebro se enloquece...
y esos mármoles parece
que estremecidos vacilan !

*(Las estatuas se mueven lentamente y vuelven la cabeza
hacia él.)*

Sí , sí : ¡ sus bustos oscilan ,
su vago contorno medra... !
pero don Juan no se arredra :
¡ alzaos , fantasmas vanos ,
y os volveré con mis manos
á vuestros lechos de piedra !

No, no me causan pavor
vuestros semblantes esquivos;
jamás, ni muertos ni vivos
humillareis mi valor.

Yo soy vuestro matador
como al mundo es bien notorio;
si en vuestro alcázar mortuorio
me aprestais venganza fiera,
daos prisa, aquí os espera
otra vez don Juan Tenorio.

ESCENA VI.

DON JUAN. EL CAPITAN CENTELLAS. AVELLANEDA.

Centellas. (*Dentro.*) ¿Don Juan Tenorio?

D. Juan. (*Volviendo en sí.*) ¿Qué es eso?
¿Quién me repite mi nombre?

Avell. (*Saliendo.*) ¿Veis á alguien? (*A Centellas.*)

Centellas. (*Idem.*) Sí, allí hay un hombre.

D. Juan. ¿Quién va?

Avell. El es.

Centellas. (*Yéndose á don Juan.*) Yo pierdo el seso
con la alegría. ¡Don Juan!

Avell. ¡Señor Tenorio!

D. Juan. ¡Apartaos,
vanas sombras!

Centellas. Reportaos,
señor don Juan... los que estan
en vuestra presencia ahora
no son sombras, hombres son,
y hombres cuyo corazón
vuestra amistad atesora.
A la luz de las estrellas
os hemos reconocido,
y un abrazo hemos venido
á daros.

D. Juan. Gracias, Centellas.

Centellas. Mas ¿qué teneis? por mi vida
que os tiembla el brazo, y está
vuestra faz descolorida.

D. Juan. (*Recobrando su aplomo.*)
La luna tal vez lo hará.

Avell.

Mas don Juan, ¿qué haceis aqui?
¿Este sitio conoceis?

D. Juan.

¿No es un panteon?

Centellas.

¿Y sabeis
á quien pertenece?

D. Juan.

A mí:
mirad á mi alrededor,
y no vereis mas que amigos
de mi niñez, ó testigos
de mi audacia y mi valor.

Centellas.

Pero os oimos hablar:
¿con quien estabais?

D. Juan.

Con ellos.

Centellas.

¿Venis aun á escarnecellos?

D. Juan.

No, los vengo á visitar.
Mas un vértigo insensato
que la mente me asaltó
un momento me turbó;
y á fé que me dió mal rato.

Esos fantasmas de piedra
me amenazaban tan fieros,
que á mi acercado á no haberos
pronto...

Centellas.

¡Já! ¡já! ¡já! ¿Os arredra,
don Juan, como á los villanos
el temor de los difuntos?

D. Juan.

No á fé; contra todos juntos
tengo aliento y tengo manos.

Si volvieran á salir
de las tumbas en que estan,
á las manos de don Juan
volverian á morir.

Y desde aqui en adelante
sabed, señor capitan,
que yo soy siempre don Juan,
y no hay cosa que me espante.

Un vapor calenturiento
un punto me fascinó,
Centellas, mas ya pasó:
cualquiera duda un momento.

Avell.

Centellas.

} Es verdad.

- D. Juan. Vamos de aqui.
- Centellas. Vamos, y nos contareis cómo á Sevilla volveis tercera vez.
- D. Juan. Lo haré asi.
Si mi historia os interesa á fé que oirse merece, aunque mejor me parece que la oigais de sobremesa. ¿No opinais...?
- Avell. }
Centellas. } Como gustéis.
- D. Juan. Pues bien: cenareis conmigo y en mi casa.
- Centellas. Pero digo, ¿es cosa de que dejéis algun huésped por nosotros? ¿No teneis gato encerrado?
- D. Juan. ¡Bah! Si apenas he llegado: no habrá allí mas que vosotros esta noche.
- Centellas. ¿Y no hay tapada á quien algun planton demos?
- D. Juan. Los tres solos cenaremos. Digo, si de esta jornada no quiere igualmente ser alguno de estos. (*Señalando á las estátuas de los sepulcros.*)
- Centellas. Don Juan,
- D. Juan. dejad tranquilos yacer á los que con Dios estan. ¡Hola! ¿Parece que vos sois ahora el que temeis, y mala cara poneis á los muertos? Mas ¡por Dios que ya que de mí os burlásteis cuando me visteis asi, en lo que penda de mí os mostrareis cuánto errásteis! Por mí pues no ha de quedar: y á poder ser, estad ciertos que cenareis con los muertos,

- y os los voy á convidar.
- Avell.** Dejaos de esas quimeras.
- D. Juan.** ¿Duda en mi valor ponerme,
cuando hombre soy para hacerme
platos de sus calaveras?
Yo á nada tengo pavor:
(Dirigiéndose á la estatua de don Gonzalo, que es la que
tiene mas cerca.)
tú eres el mas ofendido;
mas si quieres, te convido
á cenar, comendador.
Que no lo puedas hacer
creo, y es lo que me pesa;
mas por mi parte en la mesa
te haré un cubierto poner.
Y á fé que favor me harás,
pues podré saber de ti
si hay mas mundo que el de aqui,
y otra vida, en que jamas
á decir verdad creí.
- Centellas.** Don Juan, eso no es valor,
locura, delirio es.
- D. Juan.** Como lo juzgueis mejor:
yo cumplo asi. Vamos pues.
Lo dicho, comendador.





Acto segundo.



LA ESTATUA DE DON GONZALO.

PERSONAS.

DON JUAN.
CENTELLAS.
AVELLANEDA.
CIUTTI.

LA SOMBRA DE DOÑA INÉS.
LA ESTÁTUA DE DON GONZALO.

Aposento de don Juan Tenorio. — Dos puertas en el fondo á derecha é izquierda preparadas para el juego escénico del acto. Otra puerta en el bastidor que cierra la decoracion por la izquierda. Ventana en el de la derecha. — Al alzarse el telon estan sentados á la mesa don Juan, Centellas y Avellaneda. La mesa ricamente servida, el mantel cogido con guirnaldas de flores &c. En frente del espectador don Juan, y á su izquierda Avellaneda; en el lado izquierdo de la mesa Centellas, y en el de enfrente de este una silla y un cubierto desocupados.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN. EL CAPITAN CENTELLAS. AVELLANEDA. CIUTTI. UN PAGE.

D. Juan. Tal es mi historia, señores:
pagado de mi valor
quiso el mismo emperador

- dispensarme sus favores.
Y aunque oyó mi historia entera
dijo: « hombre de tanto brio
merece el amparo mio ;
vuelva á España cuando quiera : »
y héme aquí en Sevilla ya.
- Centellas.* ¡ Y con qué lujo y riqueza !
D. Juan. Siempre vive con grandeza
quien hecho á grandeza está.
- Centellas.* A vuestra vuelta.
D. Juan. Bebamos.
Centellas. Lo que no acierto á creer
es cómo llegando ayer
ya establecido os hallamos.
- D. Juan.* Fue el adquirirme , señores ,
tal casa con tal boato ,
porque se vendió á barato
para pago de acreedores.
Y como al llegar aquí
desheredado me hallé ,
tal como está la compré.
- Centellas.* ¿ Amueblada y todo ?
D. Juan. Sí.
Un necio que se arruinó
por una muger , vendiéndola.
- Centellas.* ¿ Y vendió la hacienda sola ?
D. Juan. Y el alma al diablo.
- Centellas.* ¿ Murió ?
D. Juan. De repente : y la justicia ,
que iba á hacer de cualquier modo
pronto despacho de todo ,
viendo que yo su codicia
saciaba , pues los dineros
ofrecia dar al punto ,
cedióme el caudal por junto
y estafó á los usureros.
- Centellas.* Y la muger ¿ qué fue de ella ?
D. Juan. Un escribano la pista
la siguió , pero fue lista
y escapó.
- Centellas.* ¿ Moza ?
D. Juan. Y muy bella.

- Centellas.* Entrar hubiera debido
en los muebles de la casa.
- D. Juan.* Don Juan Tenorio no pasa
moneda que se ha perdido.
Casa y bodega he comprado,
dos cosas que, no os asombre,
pueden bien hacer á un hombre
vivir siempre acompañado;
como lo puede mostrar
vuestra agradable presencia,
que espero que con frecuencia
me hagais ambos disfrutar.
- Centellas.* Y nos hareis honra inmensa.
- D. Juan.* Y á mi vos. Ciutti.
- Ciutti.* Señor.
- D. Juan.* Pon vino al comendador. (*Señalando el vaso
dél puesto vacío.*)
- Avell.* Don Juan, ¿aun en eso piensa
vuestra locura?
- D. Juan.* ¡Sí á fé!
Que si él no puede venir,
de mí no podreis decir
que en ausencia no le honré.
- Centellas.* ¡Já! ¡já! ¡já! Señor Tenorio,
creo que vuestra cabeza
va menguando en fortaleza.
- D. Juan.* Fuera en mi contradictorio,
y ageno de mi hidalguía
á un amigo convidar
y no guardarle el lugar
mientras que llegar podría.
Tal ha sido mi costumbre
siempre, y siempre ha de ser esa;
y el mirar sin él la mesa
me da en verdad pesadumbre.
Porque si el comendador
es difunto tan tenaz
como vivo, es muy capaz
de seguirmos el humor.
- Centellas.* Brindemos á su memoria,
y mas en él no pensemos.
- D. Juan.* Sea.

Centellas.

Brindemos.

Avell.

Brindemos.

D. Juan.

Centellas.

D. Juan.

A que Dios le dé su gloria.

Mas yo que no creo que haya
mas gloria que esta mortal,
no hago mucho en brindis tal,
mas por complaceros, ¡vaya!
Y brindo á que Dios te dé
la gloria, comendador.

(Mientras beben se oye lejos un aldabonazo, que se supone dado en la puerta de la calle.)

Mas ¿llamaron?

Ciutti.

Sí señor.

D. Juan.

Ve quién.

Ciutti.

(Asomando por la ventana.)

A nadie se ve.

¿Quién va allá? Nadie responde.

Centellas.

Algun chusco.

Avell.

Algun menguado
que al pasar habrá llamado
sin mirar siquiera dónde.

D. Juan.

(A Ciutti.)

Pues cierra y sirve licor.

(Llamando otra vez mas recio.)

Mas ¿llamaron otra vez?

Ciutti.

Sí.

D. Juan.

Vuelve á mirar.

Ciutti.

¡Pardiez!

á nadie veo, señor.

D. Juan.

¡Pues por Dios que del bromazo
quien es no se ha de alabar!

Ciutti, si vuelve á llamar
suéltale un pistoletazo.

(Llaman otra vez, y se oye un poco mas cerca.)

¿Otra vez?

Ciutti.

¡Cielos!

Avell.

Centellas.

¿Qué pasa?

Ciutti.

Que esa aldabada postrera
ha sonado en la escalera,
no en la puerta de la casa.

Avell. } ¿Qué dices? (*Levantándose asombrados.*)
 Centellas. }
 Ciutti.

Lo cierto digo,
 nada mas: dentro han llamado
 de la casa.

D. Juan. ¿Qué os ha dado?
 ¿pensais ya que sea el muerto?
 Mis armas cargué con bala:
 Ciutti, sal á ver quién es.
 (*Vuelven á llamar mas cerca.*)

Avell. ¿Oisteis?
 Ciutti.

Por San Ginés,
 que eso ha sido en la antesala.
 D. Juan. ¡Ah! ya lo entiendo; me habeis
 vosotros mismos dispuesto
 esta comedia, supuesto
 que lo del muerto sabeis.

Avell. Yo os juro, don Juan...

Centellas. Y yo.

D. Juan. ¡Bah! Diera en ello el mas topo:
 y apuesto á que ese galopo
 los medios para ello os dió.

Avell. Señor don Juan, escondido
 algun misterio hay aqui.

(*Vuelven á llamar mas cerca.*)

Centellas. ¡Llamaron otra vez!

Ciutti. Si;

y ya en el salon ha sido.

D. Juan. ¡Ya! mis llaves en manojo
 habreis dado á la fantasma,
 y que entre asi no me pasma;
 mas no saldrá á vuestro antojo,
 ni me han de impedir cenar
 vuestras farsas desdichadas.

(*Se levanta, y corre los cerrojos de las puertas del fondo
 volviendo á su lugar.*)

Ya estan las puertas cerradas:
 ahora el coco para entrar
 tendrá que echarlas al suelo,
 y en el punto que lo intente
 que con los muertos se cuente,
 y apele despues al cielo.

- Centellas.* Qué diablos, teneis razon.
- D. Juan.* ¿Pues no temblábais?
- Centellas.* Confieso
que en tanto que no di en eso
tuve un poco de aprension.
- D. Juan.* ¿Declarais pues vuestro enredo?
- Avell.* Por mi parte nada sé.
- Centellas.* Ni yo.
- D. Juan.* Pues yo volveré
contra el inventor el miedo.
Mas sigamos con la cena;
vuelva cada uno á su puesto,
que luego sabremos de esto.
- Avell.* Teneis razon.
- D. Juan.* *(Sirviendo á Centellas.)*
Cariñena:
sé que os gusta, capitán.
- Centellas.* Como que somos paisanos.
- D. Juan.* *(A Avellaneda, sirviéndole de otra botella.)*
Jerez á los sevillanos,
don Rafael.
- Avell.* Habeis, don Juan,
dado á entrambos por el gusto;
¿mas con cuál brindareis vos?
- D. Juan.* Yo haré justicia á los dos.
- Centellas.* Vos siempre estais en lo justo.
- D. Juan.* Si á fé; bebamos.
- Avell.* }
Centellas. } *Bebamos.*
- (Llaman á la misma puerta de la escena, fondo, derecha.)*
- D. Juan.* Pesada me es ya la broma,
mas veremos quién asoma
mientras en la mesa estamos.
(A Ciutti, que se manifesta asombrado.)
¿Y qué haces tú ahí, vergante?
¡listo! Trae otro manjar: *(Vase Ciutti.)*
mas me ocurre en este instante
que nos podemos mofar
de los de afuera invitándoles
á probar su sutileza,
entrándose hasta esta pieza
y sus puertas no franqueándoles.

- Avell.* Bien dicho.
Centellas. Idea brillante.
 (*Llaman fuerte, fondo, derecha.*)
D. Juan. ¡ Señores! ¿ á que llamar?
 los muertos se han de filtrar
 por la pared; adelante.
 (*La estatua de don Gonzalo pasa por la puerta sin abrirla, y sin hacer ruido.*)

ESCENA II.

DON JUAN. CENTELLAS. AVELLANEDA. LA ESTÁTUA DE DON GONZALO.

- Centellas.* ¡ Jesus!
Avell. ¡ Dios mio!
D. Juan. ¡ Qué es esto!
Avell. Yo desfallezco. (*Cae desvanecido.*)
Centellas. Yo espиро. (*Cae lo mismo.*)
D. Juan. ¡ Es realidad, ó deliro!
 es su figura... su gesto.
Estátua. ¿ Por qué te causa pavor
 quien convidado á tu mesa
 viene por tí?
D. Juan. ¡ Dios! ¿ no es esa
 la voz del comendador?
Estátua. Siempre supuse que aquí
 no me habías de esperar.
D. Juan. Mientes, porque hice arrimar
 esa silla para tí.
 Llega pues para que veas
 que aunque dudé en un extremo
 de sorpresa, no te temo
 aunque el mismo Ulloa seas.
Estátua. ¿ Aun lo dudas?
D. Juan. No lo sé.
Estátua. Pon si quieres, hombre impio,
 tu mano en el marmol frio
 de mi estatua.
D. Juan. ¿ Para qué?
 me basta oirlo de tí:
 cenemos pues; mas te advierto...

Estátua. ¿Qué?

D. Juan. Que si no eres el muerto
lo vas á salir de aqui.

¡Eh! alzá. (*A Centellas y Avellaneda.*)

Estátua. No pienses, no,
que se levanten, don Juan;

porque en si no volverán
hasta que me ausente yo.

Que la divina clemencia
del Señor para contigo,
no requiere mas testigo
que tu juicio y tu conciencia.

Al sacrilego convite
que me has hecho en el panteon,
para alumbrar tu razon
Dios asistir me permite.

Y héme que vengo en su nombre
á enseñarte la verdad;

y es: que hay una eternidad
tras de la vida del hombre.

Que numerados estan
los dias que ha de vivir,
y que tienes que morir
mañana mismo, don Juan.

Mas como esto que á tus ojos
está pasando supones

ser del alma aberraciones
y de la aprension antojos,

Dios en su santa clemencia
te concede todavía,

don Juan, hasta el nuevo dia
para ordenar tu conciencia.

Y su justicia infinita
porque conozcas mejor,

espero de tu valor
que me pagues la visita.

¿Irás, don Juan?

D. Juan. Iré, si;

mas me quiero convencer
de lo vago de tu ser

antes que salgas de aqui. (*Coge una pistola.*)

Estátua. Tu necio orgullo delira,

don Juan: los hierros mas gruesos
y los muros mas espesos
se abren á mi paso: mira.

(Desaparece la estátua sumiéndose por la pared.)

ESCENA III.

DON JUAN. AVELLANEDA. CENTELLAS.

D. Juan. ¡ Cielos! ¡ Su esencia se trueca
el muro hasta penetrar
cual mancha de agua que seca
el ardor cáncular!
¿ No me dijo: « el marmol toca
de mi estátua? » ¿ Cómo pues
se desvanece una roca?
¡ Imposible! ilusion es.
Acaso su antiguo dueño
mis cubas envenenó,
y el licor tan vano ensueño
en mi mente levantó.
¡ Mas si estas que sombras creo
espíritus reales son,
que por celestial empleo
llaman á mi corazon!
Entonces para que iguale
su penitencia don Juan
con sus delitos, ¿ qué vale
el plazo ruin que le dan?
¡ Dios me da tan solo un dia...!
si fuese Dios en verdad
á mas distancia pondria
su aviso y mi eternidad.
« Piensa bien que al lado tuyo
me tendrás... » dijo de Inés
la sombra, y si bien arguyo,
pues no la veo, sueño es.

(Transparéntase en la pared la sombra de doña Inés.)

ESCENA IV.

DON JUAN. LA SOMBRA DE DOÑA INÉS. CENTELLAS y AVELLANEDA, dormidos.

Sombra. Aquí estoy.

D. Juan. ¡Cielos!

Sombra. Medita

lo que al buen comendador
has oído, y ten valor
para acudir á su cita.

Un punto se necesita
para morir con ventura;
eligelé con cordura,
porque mañana, don Juan,
nuestros cuerpos dormirán
en la misma sepultura.

(Desaparece la sombra.)

ESCENA V.

DON JUAN. CENTELLAS. AVELLANEDA.

D. Juan. Tente, doña Inés, espera;
y si me amas en verdad,
hazme al fin la realidad
distinguir de la quimera.
Alguna mas duradera
señal dame, que segura
me pruebe que no es locura
lo que imagina mi afán,
para que baje don Juan
tranquilo á la sepultura.
Mas ya me irrita por Dios
el verme siempre burlado,
corriendo desatentado
siempre de sombras en pós.
¡Oh! tal vez todo esto ha sido
por estos dos preparado,
y mientras se ha ejecutado
su privación han fingido.
Mas por Dios que si es así,

se han de acordar de don Juan.

¡Eh! don Rafael, capitán.

Ya basta: alzaos de ahí.

(Don Juan mueve á Centellas y á Avellaneda, que se levantan como quien vuelve de un profundo sueño.)

Centellas. ¿Quién va?

D. Juan. Levantad.

Avell. ¿Qué pasa?

¡Hola, sois vos!

Centellas. ¿Dónde estamos?

D. Juan. Caballeros, claros vamos.

Yo os he traído á mi casa,

y temo que á ella al venir

con artificio apostado

habeis sin duda pensado

á costa mia reir:

mas basta ya de ficcion,

y concludid de una vez.

Centellas. Yo no os entiendo.

Avell. ¡Pardiez!

tampoco yo.

D. Juan. En conclusion.

¿Nada habeis visto ni oido?

Avell. }
Centellas. } ¿De qué?

D. Juan. No finjais ya mas.

Centellas. Yo no he fingido jamas,

señor don Juan.

D. Juan. ¡Habrá sido

realidad! ¿Contra Tenorio

las piedras se han animado,

y su vida han acotado

con plazo tan perentorio?

Hablad pues por compasion.

Centellas. ¡Voto va Dios! ¡ya comprendo

lo que pretendeis!

D. Juan. Pretendo

que me deis una razon

de lo que ha pasado aqui,

señores, ó juro á Dios

que os haré ver á los dos

que no hay quien me burle á mí.

Centellas. Pues ya que os formalizais ,
don Juan , sabed que sospecho
que vos la burla habeis hecho
de nosotros.

D. Juan. ¡ Me insultais !

Centellas. No por Dios ; mas si cerrado
seguís en que aqui han venido
fantasmas , lo sucedido
oïd como me he esplicado.
Yo he perdido aqui del todo
los sentidos , sin esceso
de ninguna especie , y eso
lo entiendo yo de este modo.

D. Juan. A ver , decidmelo pues.

Centellas. Vos habeis compuesto el vino ,
semejante desatino
para encajarnos despues.

D. Juan. ¡ Centellas !

Centellas. Vuestro valor
al extremo por mostrar
convidásteis á cenar
con vos al comendador.
Y para poder decir
que á vuestro convite exótico
asistió , con un narcótico
nos habeis hecho dormir.
Si es broma , puede pasar ;
mas á ese extremo llevada
ni puede probarnos nada ,
ni os la hemos de tolerar.

Avell. Soy de la misma opinion.

D. Juan. ¡ Mentís !

Centellas. Vos.

D. Juan. Vos , capitan.

Centellas. Esa palabra , don Juan...

D. Juan. La he dicho de corazon.

Mentís ; no son á mis brios
menester falsos portentos ,
porque tienen mis alientos
su mejor prueba en ser mios.

Avell.

Centellas. } Veamos. (Ponen mano á las espadas.)

D. Juan. Poned á tasa
vuestra furia , y vamos fuera ,
no piense despues cualquiera
que os asesine en mi casa.

Avell. Decís bien... mas somos dos.

Centellas. Reñiremos , si os fias ,
el uno del otro en pós.

D. Juan. Ó los dos , como querais.

Centellas. ¡ Villano fuera por Dios !
Elegid uno , don Juan ,
por primero.

D. Juan. Sedlo vos.

Centellas. Vamos.

D. Juan. Vamos , capitan.





Acto tercero.



MISERICORDIA DE DIOS, Y APOTEOSIS DEL AMOR.

PERSONAS.

DON JUAN.

LA ESTÁTUA DE DON GONZALO.

|| DOÑA INÉS.

Sombras, estatuas, espectros, ángeles.

Panteon de la familia Tenorio. — Como estaba en el acto primero de la segunda parte, menos las estatuas de doña Inés y de don Gonzalo, que no estan en su lugar.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, *embozado y distraido, entra en la escena lentamente.*

Culpa mia no fue : delirio insano
me enagenó la mente acalorada.
Necesitaba victimas mi mano
que inmolar á mi fé desesperada,
y al verlos en mitad de mi camino
presa les hice alli de mi locura.
¡No fui yo, vive Dios! ¡ fue su destino!

Sabian mi destreza y mi ventura.
 ¡ Oh! arrebatado el corazon me siento
 por vértigo infernal... , mi alma perdida
 va cruzando el desierto de la vida
 cual hoja seca que arrebatara el viento.
 Dudo... temo... vacilo... en mi cabeza
 siento arder un volcan... muevo la planta
 sin voluntad, y humilla mi grandeza
 un no sé qué de grande que me espanta.

(Un momento de pausa.)

¡ Jamas mi orgullo concibió que hubiese
 nada mas que el valor...! Que se aniquila
 el alma con el cuerpo cuando muere
 creí... mas hoy mi corazon vacila.
 ¡ Jamas creí en fantasmas...! ¡ desvarios!
 mas del fantasma aquel, pese á mi aliento,
 los pies de piedra caminando siento
 por do quiera que voy tras de los míos.
 ¡ Oh! y me trae á este sitio irresistible
 misterioso poder...

(Levanta la cabeza y ve que no está en su pedestal la estatua de don Gonzalo.)

¡ Pero qué veo!
 ¡ falta de allí su estatua...! sueño horrible,
 déjame de una vez... no, no te creo.
 Sal, huye de mi mente fascinada,
 fatídica ilusion... estás en vano
 con pueriles asombros empeñada
 en agotar mi aliento sobrehumano.
 Si todo es ilusion, mentido sueño,
 nadie me ha de aterrar con trampantojos:
 si es realidad, querer es necio empeño
 aplacar de los cielos los enojos.
 No: sueño ó realidad del todo anhelo
 vencerle ó que me venza; y si piadoso
 busca tal vez mi corazon el cielo,
 que le busque mas franco y generoso.
 La efigie de esa tumba me ha invitado
 á venir á buscar prueba mas cierta
 de la verdad en que dudé obstinado...
 Héme aqui pues: comendador, despierta.

(Llama al sepulcro del comendador. -- Este sepulcro se

cambia en una mesa que parodia horriblemente la mesa en que cenaron en el acto anterior don Juan, Centellas y Avellaneda. -- En vez de las quirnaldas que cogian en pabellones sus manteles, de sus flores y lujoso servicio, culebras, huesos y fuego, etc. (A gusto del pintor.) Encima de esta mesa aparece un plato de ceniza, una copa de fuego y un reloj de arena. -- Al cambiarse este sepulcro todos los demas se abren y dejan paso á las osamentas de las personas que se suponen enterradas en ellos, envueltas en sus sudarios. -- Sombras, espectros y espíritus pueblan el fondo de la escena. -- La tumba de doña Inés permanece.)

ESCENA II.

DON JUAN. LA ESTÁTUA DE DON GONZALO. LAS SOMBRAS.

Estátua. Aquí me tienes, don Juan,
y hé aquí que vienen conmigo
los que tu eterno castigo
de Dios reclamando estan.

D. Juan. ¡Jesus!

Estátua. ¿Y de qué te alteras
si nada hay que á tí te asombre,
y para hacerte eres hombre
platos con sus calaveras?

D. Juan. ¡Ay de mí!

Estátua. Qué, ¿el corazon
te desmaya?

D. Juan. No lo sé;
concibo que me engañé;
no son sueños... ¡ellos son!

(Mirando á los espectros.)
Pavor jamas conocido
el alma fiera me asalta,
y aunque el valor no me falta,
me va faltando el sentido.

Estátua. Eso es, don Juan, que se va
concluyendo tu existencia,
y el plazo de tu sentencia
está llegando ya.

D. Juan. ¡Qué dices!

Estátua. Lo que hace poco

que doña Inés te avisó,
lo que te he avisado yo,
y lo que olvidaste loco.
Mas el festin que me has dado
debo volverte, y así
llega, don Juan, que yo aquí
cubierto te he preparado.

D. Juan. ¿Y qué es lo que ahí me das?

Estátua. Aquí fuego, allí ceniza.

D. Juan. El cabello se me eriza.

Estátua. Te doy lo que tú serás.

D. Juan. ¡Fuego y ceniza he de ser!

Estátua. Cual los que ves en redor:

en eso pára el valor,
la juventud y el poder.

D. Juan. Ceniza bien, ¡pero fuego!

Estátua. El de la ira omnipotente,
do arderás eternamente
por tu desenfreno ciego.

D. Juan. ¿Con que hay otra vida mas
y otro mundo que el de aquí?

¿Con que es verdad ¡ay de mí!
lo que no creí jamas?

¡Fatal verdad que me hiela
la sangre en el corazón!
verdad que mi perdición
solamente me revela.

¿Y ese reló?

Estátua. Es la medida
de tu tiempo.

D. Juan. ¡Espira ya!

Estátua. Si: en cada grano se va
un instante de tu vida.

D. Juan. ¿Y esos me quedan no mas?

Estátua. Si.

D. Juan. ¡Injusto Dios! tu poder
me haces ahora conocer
cuando tiempo no me das
de arrepentirme.

Estátua. Don Juan,
un punto de contrición
da a un alma la salvación.

- y ese punto aun te le dan.
- D. Juan. ¡Imposible! ¡ en un momento
borrar treinta años malditos
de crímenes y delitos!
- Estátua. Aprovéchale con tiento, (*Tocan á muerto.*)
porque el plazo va á espirar
y las campanas doblando
por tí estan, y estan cavando
la fosa en que te han de echar.
(*Se oye á lo lejos el oficio de difuntos.*)
- D. Juan. ¿Con que por mí doblan?
- Estátua. Si.
- D. Juan. ¿Y esos cantos funerales?
- Estátua. Los salmos penitenciales,
que estan cantando por tí.
(*Se ve pasar por la izquierda luz de hachones, y rezan dentro.*)
- D. Juan. ¿Y aquel entierro que pasa?
- Estátua. Es el tuyo.
- D. Juan. ¡Muerto yo!
- Estátua. El capitan te mató
á la puerta de tu casa.
- D. Juan. Tarde la luz de la fé
penetra en mi corazon,
pues crímenes mi razon
á su luz tan solo ve.
- Estátua. Los ve... y con horrible afan,
porque al ver su multitud
ve á Dios en la plenitud
de su ira contra don Juan.
¡Ah! por do quiera que fui
la razon atropellé,
la virtud escarneci
y á la justicia burlé.
Y emponzoñé cuanto vi,
y á las cabañas bajé,
y á los palacios subí,
y los claustros escalé;
y pues tal mi vida fue,
no, no hay perdon para mi.
¡Mas ahí estais todavía (*A los fantasmas.*)
con quietud tan pertinaz!

dejadme morir en paz
 á solas con mi agonía.
 Mas con esa horrenda calma
 ¿qué me augurais, sombras fieras?
 ¿Qué esperais de mi?

Estátua.

Que mueras

para llevarse tu alma.
 Y á Dios, don Juan; ya tu vida
 toca á su fin, y pues vano
 todo fue, dame la mano
 en señal de despedida.

D. Juan.

¿Muéstrasme ahora amistad?

Estátua.

Si: que injusto fui contigo,
 y Dios me manda tu amigo
 volver á la eternidad.

D. Juan.

Toma pues.

Estátua.

Ahora, don Juan,
 pues desperdicias tambien
 el momento que te dan,
 conmigo al infierno ven.

D. Juan.

¡Aparta, piedra fingida!
 Suelta, suéltame esa mano,
 que aun queda el último grano
 en el reloj de mi vida.

Suéltala, que si es verdad
 que un punto de contricion
 da á un alma la salvacion
 de toda una eternidad,
 yo, Santo Dios, creo en tí:
 si es mi maldad inaudita
 tu piedad es infinita...

¡Señor, ten piedad de mí!

Estátua.

Ya es tarde.

(Don Juan se hinca de rodillas, tendiendo al cielo la mano que le deja libre la estatua. Las sombras, esqueletos, etc., van á avalanzarse sobre él, en cuyo momento se abre la tumba de doña Inés y aparece ésta. Doña Inés toma la mano que don Juan tiende al cielo.)

ESCENA III.

DON JUAN. LA ESTÁTUA DE DON GONZALO. DOÑA INES. SOMBRAS, ETC.

Doña Inés.

No ; héme ya aquí ,

don Juan : mi mano asegura
esta mano que á la altura
tendió tu conrito afan,
y Dios perdona á don Juan
al pie de mi sepultura.

D. Juan.

¡ Dios clemente ! ¡ Doña Inés !

Doña Inés.

Fantasmas, desvaneceos :

su fé nos salva... volveos
á vuestros sepulcros pues.

La voluntad de Dios es :

de mi alma con la amargura

purifiqué su alma impura ,

y Dios concedió á mi afan

la salvacion de don Juan

al pie de la sepultura.

D. Juan.

¡ Inés de mi corazon !

Doña Inés.

Yo mi alma he dado por tí ,

y Dios te otorga por mí

tu dudosa salvacion.

Misterio es que en comprension

no cabe de criatura ,

y solo en vida mas pura

los justos comprenderán

que el amor salvó á don Juan

al pie de la sepultura.

Cesad, cantos funerales : (*Cesa la música y salmodia.*)

callad mortuorias campanas : (*Dejan de tocar á muerto.*)

ocupad, sombras livianas,
vuestras urnas sepulcrales : (*Vuelven los esqueletos á sus tumbas, que se cierran.*)

volved á los pedestales ,
animadas esculturas ; (*Vuelven las estátuas á sus lugares.*)

y las celestes venturas

en que los justos estan
empiecen para don Juan
en las mismas sepulturas.

(Las flores se abren y dan paso á varios angelitos que rodean á doña Inés y á don Juan, derramando sobre ellos flores y perfumes, y al son de una música dulce y lejana se ilumina el teatro con luz de aurora. Doña Inés cae sobre un lecho de flores, que quedará á la vista, en lugar de su tumba, que desaparece.)

ESCENA ÚLTIMA.

DOÑA INÉS. DON JUAN. LOS ÁNGELES.

D. Juan. ¡Clemente Dios, gloria á ti!
Mañana á los sevillanos
aterrará el creer que á manos
de mis víctimas cai.
Mas es justo: quede aqui
al universo notorio
que pues me abre el purgatorio
un punto de penitencia,
es el Dios de la clemencia
el Dios de DON JUAN TENORIO.

(Cae don Juan á los pies de doña Inés y mueren ambos. De sus bocas salen sus almas representadas en dos brillantes llamas, que se pierden en el espacio al son de la música. Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

